



# LA MUERTE DEFINITIVA DE PEDRO EL LARGO

**Mireya Robles**

[www.mireyarobles.com](http://www.mireyarobles.com)

[www.mireyarobles.miarroba.com](http://www.mireyarobles.miarroba.com)

## ORIGENES

las chinas en el fondo del río, lisas, peladas, pulidas, y el agua las lava, las recorre con esa pequeña rapidez que ella misma se conoce, de dónde salieron estas piedras eternamente lavándose en el Guaso, de qué arenas salieron; no hay aires para contarlas, no hay sol que las señale, no hay voz que me dicte cuáles son sus moléculas exactas, apretadas, apretadas hasta la asfixia para hacerse dureza, pero yo sí sé de yo, de mí, de estas botas toscas que me lame el Guaso, las suelas pegadas a las chinas, el agua a la altura del tobillo, y mis manos sobre las rodillas, como me las puso van Gogh cuando nací en una de mis tantas, en el grafito de su lápiz, para llorar sentado en una silla, eternamente inclinado hacia su firma, Vincent; en qué momento salté a este pequeño mogote del Guaso para nacer sentado, en mis sesenta y cinco años, colgándome una piel durazno para tapar el oficio de la sangre, para cubrir el azulejo de las venas, con la libertad rebelde de calzarme la tela azul de los trabajadores, el azul mojándose en los bordes, a la altura del tobillo, el azul descansando en el pequeño mogote de piedra, el azul cubriendo el sexo que presiento disecado, el azul abrazándome el pecho, la espalda, el contorno de los brazos, y ya soy colores, y sigo desobedeciendo, desobedeciéndote, van Gogh, y levanto un poco la cabeza, las manos ahora colocadas a cada lado de las comisuras de los labios, para dejar los ojos libres, para que quedes allí, old man grieving, hombre de grafito, y en mi piel durazno, inmóvil, los ojos libres para ver pasar el universo

nadie sabía de dónde había salido Pedro el Cojo, Matei, con su eterno deambular y sus ojos voraces de espacio; le decían Pedro el Cojo por acomodar la costumbre de un apodo y éste fue puesto a la ligera, por decirle algo, porque en realidad, sus piernas largas, larguísimas, eran del mismo tamaño; lo seguían siempre a Pedro una bandada de niños descamisados, algunos con enormes ombligos protuberantes; lo seguían hasta el río Guaso pero siempre guardando una distancia por aquel temor de romper la Sombra del Viejo Tranquilamente Desesperado, o tal vez por temor a que el viejo no fuera un ser real, sino algo inexplicablemente movible y deambulador del cual decían algunos, que los pelos que le asomaban a la nariz y a las orejas podían ser una invención de todos los ojos que revisaban su figura, mientras otros se empeñaban en afirmar que de seguro no tendría ni siquiera mucosidad seca pegada en las paredes interiores de la nariz, ni sudor en los sobacos, ni fetidez entre las nalgas tan enjutas, porque se había corrido la voz de que la nariz y las orejas y las nalgas de Pedro eran de mentira y que todo él era de mentira y que estaba destinado, definitivamente, a desaparecer como desaparecía --y de esto todos habían sido testigos,-- el Alka Seltzer en el agua; se volvió un rito, eso de ir a esperar la desaparición de Pedro, siempre a distancia, siempre desde lejos para no interrumpir el contorno sagrado de su soledad; lo vigilaban desde lejos, lo seguían desde lejos, pero lo seguían siempre, porque Pedro, sobrellamado el Largo desde que prohibió terminante y secamente que le llamaran "el que en buena hora nació," era, en alguna forma extraña el descendiente directo del primer terrateniente, como les decía él a los ciudadanos de la tierra, y había quien aseguraba también, que él era el mismo primer terrateniente que se descolgaba por columnas de horas y minutos y aparecía como cualquier hijo de vecino, metido en la pintura de una postal que todos creían reconocer pero que no lograban recordar, o caminando por cualquier vereda, o saliendo de la corteza de un árbol muy grande y de variadas hojas, que se había apostado desde hacía muchos años, a la entrada del pueblo; esa misma mañana, varios niños y hasta algún adulto, aseguraban que en su caminata más temprana,

habían sido testigos de que el aire empujaba a Pedro, sobrellamado ahora el Largo, y que lo veían elevarse a una altura de diez pulgadas sobre el piso de la acera, deslizarse avanzando progresivamente sin tocar el piso por espacio de tres metros, descender, caminar unos pasos, elevarse a la misma altura, progresar tres metros y volver a descender; Pedro ignoraba los pleitos y discusiones que había provocado su empuje traslatorio, porque unos aseguraban haber sido testigos de lo que años después los más cultos llamarían modus traslatorio de Matei, mientras que otros insistían en que todo era una farsa y que varios testigos falsos se habían apostado en puntos estratégicos del pueblo para sentir el apoyo de grupo y levantar mentiras que mancharían el pueblo como una espesa cortina de lodo; Pedro se sintió caminar, en su delgadez asaltada a veces por las arrugas, como caminaría cualquier hijo de vecino, dando zancadas que se resistían a apresurarse, y pensando, pensando siempre: "puritanas virgencitas, viejas en salmones, bacalao en la bodega del gallego de la esquina, por ahí va ese Mondonguito y no le pido pan viejo a su abuela para que no me atrape el brazo entre las rejas de la puerta; vieja tragabrazo, guardas el pan para rallar y hacer flan de pan, flan de pan, flanflan, pampan; Mondonguito, cuatro caminos, vas a ser el presidente del club con el paserío que tienes en la azotea? Mondonguito, Tribilín, no escucháis las palabras santas?" eso me decía la maestra, "a ver, Pedrito, encárgate esta tarde de colocar las tizas, papeles y lápices en el armario, después de clases, sí, te tocó ayer, sí te tocó antes de ayer, sí, te tocó desde el primer día y te sigue tocando, pero tú eres despacioso y por eso te toca hacer todo por duplicado, bueno, sí, por triplicado, bueno, sí, tú eres el único que tienes que trabajar, pero no eres para eso Pedro el Cojo?" Pedro el Cojo dice ella; Matei soy y poeta; lecciones de algarabías sabias en las que uso cuidadosamente el diccionario de palabras hasta que no sean palabras sino una sola palabra compacta y universal para todos; y eso ya lo verás: tú serás maestra, pero yo soy Pedro Matei; los niños que seguían al viejo aquella mañana, tenían la piel del mismísimo color de las almendras tostadas; las ropas, raídas y sucias, eran todas iguales, de color arena; Pedro se adentró en el

río, precaviéndose de no resbalar en lo pulido de las chinas; las manos en aspa, para balancearse, tambaleos que terminaban en equilibrio, y por fin, la piedra enorme en la que se sentaría tal y como había aparecido un buen día, como cualquier hijo de vecino, sin saber de dónde, según el testimonio discutible de los que se afirman testigos de su aparición; Pedro se acomodó, acomodó sus anchos pantalones, señaló con el índice, uno a uno, a los intrusos seguidores para que se alejaran hasta desaparecer de aquellos alrededores, y lanzó, ya a solas, la primera letanía de la mañana: "cabezón, zon, zon; no digas ese palabron, bron, bron; Lalitaa! Lalitaa! y quién es esa Lalita? es la perra bicentenaria que está trotando caballerías por los montes; ay! qué perfecta es la historia, oria, horia;" y ahora, la paz eterna

## LA PRIMERA SALIDA

caminaba, acompañándome la salida del sol, el cayado afirmándome la mano; las sandalias, la túnica talar; apoyándome, deteniéndome después de horas como para calmar con mi descanso, el sol que se hacía intenso; hay que seguir, siempre hay que seguir, y en los pies me crecía el adiestramiento de los animales del desierto para avanzar en los finos cristales interminables, atravesar los pueblos, las aldeas con sus mercaderes; algún escriba esperando un dictado que apuntará apresuradamente, los cobradores de impuestos, los astrólogos y otros que un día recibirán su nombre de alquimistas; al llegar a cada pueblo la posada breve, la pileta, el agua lamiéndome los poros para vaciarles el polvo, la fruta fresca escogida frugalmente para detener el fluir de los dracmas escasos; y dónde está la pequeña plaza del pueblo, no hay respuesta en los transeúntes para este forastero universal, el Cananita errante; quiero evitarlo, si al menos esta vez no tuviera que hacerlo, el silencio sigue regado en el pueblo y busco y oigo las campanas que anuncian la lepra y cuando todos se alejan al oír el toque, me acerco a la carne podrida, amigo, la plaza, dónde está la plaza del pueblo; un dedo incompleto se esfuerza en señalar: hacia allá, hacia el norte; no sé por qué pregunto, si la respuesta del leproso es siempre la misma, hacia allá, hacia el norte, no sé por qué pregunto si siempre la plaza está ahí, al alcance de unos pasos; qué hermosa es ésta que me toca hoy, una columna central de mármol cuya altura llega a mi plexo solar, el podio donde reposa mi mano; y ya el pergamino que va creciendo, formándose debajo de mis dedos, y las combinaciones jeroglíficas, cuneiformes, alfabéticas, que voy grabando con ondas eléctricas, invisibles, que se escapan por mis cejas, solamente por esa vieja manía de que me salga la voz de una lectura; estoy consciente de la fuerza de mi barba que ha empezado a blanquear un poco, estoy consciente de la lozanía de mi cuerpo; a cada lado del podio se van formando altavoces de aire para transmitir el sonido de mi voz que irá dibujando las cabezas, los cuerpos, las túnicas, las sandalias; el público, hijo de mi voz ya espera

mi sonido: "no he venido a hablar de mis sandalias que se convierten en coturnos para que midáis mi altura, las estrellas hablan, los signos, Baltasar, Gaspar, Melchor, insistirán en el lucero Norte; Moisés, Abrahán, David en una torre de Egipto, a todos los he conocido, no creáis en piedras falsas derribadoras de gigantes, no creáis en el que está dispuesto a asesinar a su hijo, no creáis en varillas mágicas que se niegan a producir saltos de agua; en el paso de los siglos alguien llamado Herodes querrá asfixiar al niño que llorará; no le deis nombre; es el niño de todos, es el niño-todo, es el llanto de vuestro pecho;" una manga de aire se va llevando mi voz para que las cabezas empiecen a desaparecer, y los cuerpos, y las túnicas y las sandalias; la plaza se queda vacía, mis coturnos se van aplastando y ya estoy en mi altura de siempre; los jeroglíficos desaparecen, el pergamino se hace polvo; en mi mano el cayado, y en mi pecho el júbilo de siempre: el cumplimiento de mi destino de profeta; y ahora, a la puesta del sol, encaminarme hacia el desierto, ocupar la noche del desierto, convertirme en oasis para que me devoren las bocas de arena

Pedro el Largo había traído consigo su fama de predicador; lo habían visto, lo podían afirmar sin lugar a equivocaciones, Pedro el Largo recorría a pie la faz de la tierra, calzado en alpargatas devoradas por el uso, sandalias cuyas suelas se desleían en los calores hostiles del desierto, quedándose con frecuencia con los pies desnudos plagados de ampollas y quemaduras ocasionadas por las arenas implacables; Pedro el Largo sobrevivía esas caminatas que lo llevaban a los puntos más remotos de la tierra, gracias a la ayuda de su bastón, grueso y de recia madera, en cuyo puño redondo que se acomodaba al hueco de su mano, se apoyaba él para aliviarse de la casi insufrible angustia de sus pies torturados; a su paso por los pueblos, especulaciones y discusiones de los habitantes habían definido el uso del bastón con distintas interpretaciones, siendo las tres más populares: Pedro el Largo usaba el bastón como símbolo de la Autoridad de la Palabra; Pedro el Largo usaba el bastón para ayudarse y aliviarse de las múltiples ampollas que le torturaban los pies en las largas caminatas; Pedro el Largo usaba el bastón para defenderse de algún impertinente al que se le ocurriera asaltarlo en los caminos; Pedro creía haber nacido para dar mensajes universales, pero jamás para estar hablando con cada hijo de vecino que se le pusiera delante a decir tonterías; por eso, a su llegada a cada pueblo desconocido, se dirigía directamente a algún leproso de los que mendigaban en la plaza, porque sabido era de todos, que los leprosos estaban entrenados a la brevedad de la palabra por respeto al miedo de contaminación que sentían los demás; Pedro insistía en dirigirse a los leprosos aunque ya iba comprobando que no eran los mejores guías porque al estar confinados a un sector del pueblo del cual salían sólo para ir a la plaza a ejercer su oficio de mendicantes, desconocían todos los demás sectores; Pedro el Largo, como todos los demás terratenientes, era hombre de hábito y repetición y, aunque a regañadientes, hacía lo que nadie le obligaba a hacer: acercarse con cierto recelo al primer leproso que encontrara y hacerle preguntas que lo ayudaran a escoger el lugar estratégico para su prédica, y alejarse prontamente del leproso sintiéndose a la vez molesto y condescendiente; Pedro el Largo acababa de llegar

por vez primera al pueblo de Chencho el Leproso, habitante de una casa de guano a las afueras del pueblo, a la que llaman el sanitario leproso porque allí, su mujer y sus diez hijos forman una colonia de leprosos que, a no ser por el miedo a la contaminación, todos visitarían con frecuencia, por ser un modelo de orden y limpieza; Chencho, un hombre negado a vivir de la caridad pública, se las había ingeniado para procurarse un negocio ambulatorio, una forma de ganarse el pan sin imitar a esos ciegos detestables que explotan la generosidad del prójimo al igual que la explotan --de esto estaba seguro Chencho,-- los otros leprosos que, según noticias, conversaciones y palabrerías, existen en otras regiones de la faz de la tierra; así surgió la idea y dio lugar en la práctica, a la Industria Chencho, Monoproducto Especializado que se anunciaba en las grandes letras que aparecían en el tablero: Durofríos Derretidos, Especialidad de Chencho, el Leproso; lema que, aunque exagerado en la pluralización, había mantenido en favor de una mejor sonorización y efecto; cada mañana se paseaba el tablero por la plaza, sostenido en las manos o reposando en la cabeza de Chencho; en el centro del tablero, un vasito de papel que día a día se hacía menos blanco y que contenía un poco de agua con la dosis exacta de anilina carmesí, para hacerlo pasar como un producto derivado de la fresa o del zapote, siendo este último llamado también mamey, para la debida y exigente acomodación lingüística regional; como se definía en el lema, el agua carmesí debía considerarse como lo que horas antes había sido un durofrío que ahora se manifestaba en su condición líquida debido supuestamente, a la presencia del calor implacable; los habitantes del pueblo, respetando la digna postura de Chencho el Leproso de no querer depender de la caridad y generosidad de sus conciudadanos, se acercaban al tablero y le pedían un durofrío derretido de fresa o de zapote también llamado mamey; después de la orden, el habitante le pagaba a Chencho los tres centavos que valía el durofrío derretido, inclinaba un poco la cabeza hacia un lado para expresar que había cambiado de parecer y le decía a Chencho que se quedara con el durofrío derretido porque él había decidido irse al café de la esquina al que ya por esa época le

decían el Petit Miami, a tomarse una Coca-Cola como cualquier hijo de vecino que quisiera aliviarse del calor tan sofocante, con lo cual quedaba cumplida la meta de Chencho de hacer el esfuerzo de no abusar de la generosidad del prójimo; pero sucedió un día, como en esos días en que suceden cosas inoportunas, que una señora, al recibir el vuelto de dos centavos por el medio que le había dado a Chencho, notó que en su mano, además de los dos centavos, tenía un dedo que inconfundiblemente pertenecía a Chencho y que se le había desprendido así, sin más ni más, con el anillo de cobre reconocible como la alianza matrimonial que siempre había llevado Chencho; la señora, de unos setenta años de edad y dignamente vestida en un riguroso traje negro, depositó cuidadosamente el dedo en el tablero, junto al vaso de papel y se retiró en un silencio entre sorprendido y condescendiente; desde ese momento, los clientes le daban a Chencho los tres centavos exactos, que depositaban directamente en el tablero para pagar el Monoproducto Especializado, el cual parecía talmente, como bien habían dicho algunos, que estaba pegado al piso de ese tablero lleno ahora de centavos y huérfano ya para siempre, de la variación de monedas que antiguamente le habían servido de ornamento: medios de cinco centavos, reales de diez centavos, pesetas de veinte centavos; Pedro el Largo perdió la noción del tiempo, no sabía desde cuándo estaba en esa tribuna que le habían preparado para la Prédica, ni sabía tampoco desde cuándo había comenzado a hablar; lo que sí sabía era que allí, delante de él y con una mirada que quiso clasificar como amistosa y se vio forzado a clasificar como agresiva, se hallaba, en todo lo ancho y lo largo de su estatura, el señor alcalde cuya voz no se hizo esperar: "en nombre de la Comisión de la Municipalidad le íbamos a permitir que leyera ese pergamino que usted dice que fue encontrado en una cueva y que habla tan bien de los judíos; y sépalo usted de una vez, aquí se ha dicho que usted, por muy bajo bajo que lo quiera esconder, no es otra cosa que judío, pero bueno, bueno, ese pergamino ya sabemos que toca puntos importantes de judíos ilustres que aparecen en los libros más respetables de la antigüedad, y estábamos dispuestos, abiertos como somos a toda

información que llegue a las puertas de nuestro querido pueblo, a escucharlo a usted con el debido respeto que se le debe a la cultura, pero eso de estar haciendo jueguitos de prestidigitador, eso sí que no, que no es usted Mandrake el Mago ni ha venido usted aquí para semejante superchería; en cuanto a la supuesta hostilidad que pueda usted interpretar de nuestra parte, debo decirle, y en ello insisto, que lo vieron a usted producir un papelito que le salió de entre los dedos así, como por arte de magia, esto, cuando sopló el viento, y después, cuando volvió a soplar y también como por arte de magia, se avió usted de un público tan numeroso que no quedó ni una silla vacía de las tantas que habíamos traído aquí para uso de los habitantes de nuestro pueblo, prestadas, como un acto de civismo, por nuestro ayuntamiento, así como por otras organizaciones, comisiones y escuelas dispuestas a cooperar en el bien de la municipalidad, y es de razonar que nuestros habitantes, molestos por esta invasión de intrusos, se armaran de palos y garrotes para echarlos de aquí, tal y como se merecen; y todo esto para terminar sintiéndose burlados porque los ha privado usted, o mejormente, nos ha privado a todos, de cometer un acto cívico, dado que, al acercarse nuestros ciudadanos a los intrusos y antes de llegar a tocarlos, mandó usted una ráfaga de aire y los desapareció a todos --a los intrusos, me refiero-- y en vista de que nos anula usted las posibilidades de nuestro civismo, le pedimos en nombre de la Comisión de la Municipalidad, que tome usted a bien el retirarse y alejarse de estos parajes y de estos habitantes que no toman a bien que se les engañe con jueguitos de magia;" Pedro el Largo abandonó la plaza, se detuvo un rato en lo que algunos interpretarían como una profunda meditación y que no era más que una costumbre de quedarse extasiado, devorando por la cuenca de los ojos un espacio que algún día tenía que desaparecer; aunque bien visto y mejor pensado, era él el que tenía que desaparecer en el acto sin precedentes de detener la propagación, hasta ahora indetenible, de la eternidad, al menos en él, Pedro Matei, el Rebelde del Tiempo; sin saber cómo, se vio acompañado y apoyado en su bastón, en el camino que lo alejaría del pueblo, sin sentir en ningún punto de su cuerpo, la mirada de Chencho

el Leproso, asomado a la ventana de su casa, desde donde se abstuvo de lanzar el saludo de despedida que podía comprometerlo como a cualquier hijo de vecino que se atreviera a intercambiar saludos con un indeseable; Pedro Matei, sobrellamado el Largo, llevaba aún consigo y a pesar de todo, su sentido de misión, el trayecto y manifestación de la Autoridad de la Palabra, y sin darse cuenta, alzó la voz para dirigirse a un público definitivamente ausente: "no escucháis las palabras santas?" pero a la vez, se sintió invadido de algo diluido, diluyente, que lo afinaba para convertirlo en agua, y surgió allí lo que jamás le confesaría a nadie: la tentación recóndita de sumergirse, solitario, en la vastedad inmensa de la arena y desde esas profundidades, oírse gritar: "reglamento inhóspito, creche acelerada, hervidero lineal, susurro en desconcierto, pena lateral, formol cerrado, mente vertical, cerro colmado, línea horizontal, bata calada, cántico ancestral, acto recóndito, sueño insólito casamente eterno, eterno, eterno"

## KA

el cargador de todos los pesos, el llevador de tantas responsabilidades, el visir, el delegado principal, el delegado total, el untado del poder, así voy, con mis telas de lino blanco poniendo distancia entre mi piel y el aire que me rodea, sin jaique, sin albornoz, en esta tierra de ojos en marcos almendrados, ennegrecidos con polvo de alcohol, coloreados en el verde de la malaquita; el llevador de responsabilidades, pero también, este poder que me acompaña al cortar el aire con mi indiferencia, con mi avance hierático, mi cuerpo liso, rasurado, y todos éstos a quienes no miro, sintiendo el toque de mi poder conformando mi aura; la persistente seguridad de mi condición invulnerable, mi indiferencia ante los judíos, por qué molestarme en ahondar en su condición de oprimidos; hay un eco lejano que parece dictarme, una voz que sale de una regresión pasada o que se adelanta a una proyección aún por llegar, un eco que se aparece de una dimensión imprecisa, visiones de un andar, sandalias recorriendo caminos por cumplir un destino, si es que fui descendiente de Abrahán y mi voz unge cabezas que se forman para oírme; para qué detenerme en juegos de la imaginación, si ya todo está ahí, mi indiferencia hacia dedos que se extienden hacia mí sin alcanzarme, todos piden, todos se quejan, todos necesitan, y yo salgo del paso desde mis tribunales: sí, concédanle este trozo de tierra a éste, no, que no se dilaten más las presentaciones de pruebas ni de reclamos, estoy de prisa, acabemos pronto; sí, que se condenen estos tres acusados a cualquier cosa, a muerte, a trabajos forzados, a condenas indefinidas, no, que no se dilaten más las presentaciones de pruebas ni de reclamos, estoy de prisa, acabemos pronto; sí, que se encarguen de la vigilancia de Sirio que amenaza con llevar al Nilo a otra inundación, y si hay peligros, que los delegados tomen las medidas necesarias, o es que ni siquiera sirven para defenderse del agua? sí, aprobar ese testamento tal como está, negar los reclamos de los presuntos herederos que llegaron de Nubia, que no se dilaten

más las presentaciones de pruebas, estoy de prisa, acabemos pronto; no, no importa quién vino a interceder por los judíos, ni me importó ayer, ni tendré nada que ver con ellos mañana; cerradas por hoy las apelaciones, que se marche el escriba, que se marchen todos, mañana volveré a abrir este recinto de justicia, este recinto de fórmulas que manejo para salir del paso; y ya, alejarme de aquí, ir al encuentro de mi oficio; sí, es cómodo el descanso en el poder, manipular el ejercicio de mi voluntad sin que me manipulen otros, pero cómo hacer que el Rey-Dios me conceda adentrarme en mi destino; audiencia con Ramsés II, sí, concedida, y también hoy me toca oír, siempre oír, la lucha con los Hititas, los monumentos, mira, visir, proyectos de más y más monumentos; monumentos con mi efigie de Rey-Dios repetida en los colosos de Abu Simbel, guardianes del Nilo, dejar en las paredes la memoria de todas mis hazañas, la victoria de Kadesh, mis cartuchos grabados en monumentos ya existentes para dejar en ellos mi huella, proyectos de monumentos, gran visir, siempre monumentos; y cuando me toca hablar, ya mi intención de casi demanda, de casi urgencia, sale como una repetición contenida que el Rey-Dios recibe sin medirla en importancia, sin dar respuesta definitiva, sin dar; me alejo consciente de la función equivocada que me ha tocado vivir en esta dinastía, voy consciente de todo, mi andar hierático, los ojos en marcos ennegrecidos con polvo de alcohol, las mujeres guardando su elegancia en los kalasiris, y a mi paso, que se aparten todos, que se alejen esas manos extendidas que no se cansan de pedir; ahora voy hacia mi oficio, hacia el destino que Ramsés algún día me habrá de conceder: preservar su cuerpo, ser el guardián absoluto de su Ka, dejar mi obra indestructible en el río de los siglos, la momia de Ramsés; me acerco a la tienda del embalsamador, quiero practicar, practicar incesantemente, lo he observado practicando por años en cuerpos de menor importancia buscando el perfeccionamiento de la momificación destinada a Ramsés; y siempre, la misma actitud del embalsamador ante mi presencia, me contempla como si estuviera viendo a un soñador enloquecido, pero no se atreve a desobedecer, y leo en sus ojos el desconcierto: si ni siquiera me he ocupado de

escoger mi mastaba, por qué me obsesiona la momificación; cuando leo en sus ojos la pregunta, digo algo entre dientes para desviarle la sospecha: el interés en la momificación es un interés como cualquier otro, como se puede tener en la escultura; el embalsamador baja la vista y habla sólo porque es preciso explicarme el proceso: tenemos un nuevo cadáver intacto, acaba de llegar; me descubre, acostado, el cuerpo desnudo de un hombre joven a quien comienza a extraerle el cerebro por la cavidad recién abierta; en el flanco izquierdo, la rápida incisión por la que las manos conocedoras van sacando las vísceras, una a una, menos el corazón; las vísceras serán colocadas en los cuatro vasos canópicos; la cavidad vacía se lava cuidadosamente; insisto en que el embalsamador me deje colocar el cadáver en la enorme vasija que contiene una solución de sal o natrón donde ha de permanecer varias semanas hasta que escurra la grasa; también le exijo que me deje sacar el otro cadáver que ya está listo, de la gran vasija donde dejó su grasa en la solución de sal o natrón; esta vez no le permito que desuelle él el cadáver: yo mismo he de arrancarle toda la piel del cuerpo, a excepción de la piel de la cabeza que había quedado sin sumergir en la solución, y exijo que en días sucesivos he de terminar yo el proceso de la momificación; me llaman la atención las uñas de los pies y las manos, fijadas con alambres, y al llenar de preservativos la cavidad del cráneo y el hueco vacío de vísceras, me invade por primera vez el cumplimiento de mi misión, los dioses me han destinado a conservar por todos los siglos la figura de Ramsés; la voz del embalsamador me saca de la ensoñación: hay que cubrir el cadáver con la pasta de resina y grasa, y después comenzaremos con los vendajes; al alejarme de la tienda donde siento tan de cerca mi destino de momificador, me asaltan las dudas, el embalsamador me engaña, me está entrenando en métodos falsos para que Ramsés, llegado el momento, me considere incapacitado para su glorificación eterna; sigue ahí mi aspiración de perpetuar la figura de Ramsés, y aun más, de ser oficiante de todo, que me toque a mí la ceremonia de la apertura de la boca, los oídos, los ojos para que eternamente la momia de Ramsés pueda ingerir el sustento, oír, verlo todo; invocar yo el uso de

sus órganos y con amuletos y letanías, estimular el corazón, la espina dorsal, la sangre, oficiar yo en el banquete fúnebre que servirá de alimento a su momia, estar al cuidado de su Ka; pero cuando le hablo a Ramsés: presiento que descubriré la fórmula perfecta de momificación, yo podría ser... yo podría...; Ramsés no me oye, su parlamento se concentra en Abu Simbel, y su trato para mí es siempre el trato para el gran visir, me alejo del Rey-Dios pensando que sólo seré eso para él, el visir; si nadie sabe mi secreto, cómo puede saberlo el embalsamador, por qué ha de engañarme con falsos procedimientos, o tal vez el embalsamador haya intuído lo que nunca pudo intuir Ramsés, este camino insustituible; lo mejor será tomarlo por sorpresa, irrumpir de pronto en la tienda cuando no me espere, hoy, ahora mismo que él me sabe en el tribunal, hoy es el momento, ahora, y oigo mi voz: todas las audiencias quedan suspendidas; me dirijo a la tienda con paso firme, controlando la respiración para que no me falte; el embalsamador no se atreve a la protesta; percibo la molestia que le causa mi presencia; se resigna, me lleva ante el cadáver de un niño de once años, y al verlo, trato de contener mi ira; éste no es un cadáver fresco, ya lo has procesado, el proceso es distinto, le has dejado la piel intacta, qué le has hecho, dime qué le has hecho, me has estado enseñando métodos falsos; el embalsamador, sin levantar la vista, como si se dispusiera a trabajar intensamente en el cadáver, se limitó a decir: no se trata aún de un nuevo método, es un intento, un tratamiento con resinas venenosas, un tratamiento que aún no he logrado perfeccionar; su voz parece sincera, pero no puedo confiar; le ordeno que abandone la tienda y allí me quedo, de pie ante el cadáver yacente del niño, su piel descolorida, resbalosa, cuántos días, cuántas semanas tendrá de muerto, algo me mantiene allí, absorto, invadido por aquella visión, en el espacio de todo el universo que se vacía para que lo ocupemos este cadáver y yo, poseyéndonos en un poder que borra toda otra figura viviente, toda otra figura muerta, todo se me aleja, sólo este cadáver aquí, como podría ser el cadáver de Ramsés a solas con mi presencia de oficiador de todas las ceremonias, no me bastaría ser el perpetuador de Ramsés; Ramsés debe habitarme, Ramsés tiene

que vivir en mí; siento en mi mano el instrumento filoso y la espesa tira de carne que arranco del cadáver para devorarla en un gesto veloz; se me doblan las piernas... por qué se me doblan las piernas... el ruido sordo de mi cuerpo que se me hace ajeno al caer, y la voz del embalsamador que me llega tan lejana: el visir, el gran visir ha muerto

era la época de elecciones en la tan bien llamada Villa del Guaso: "Chicho Bota, Concejal;" pasquines con el carón de Chicho en todos los postes de teléfono, en todas las columnas de edificios públicos y privados, en todas las paredes de los edificios más céntricos; el carón de Chicho se multiplicaba y le asaltaba la vista a uno hasta en la Farmacia Bonilla, el Café Montecarlo, el Petit Miami, el Cine Actualidades, el Cine Fausto, el Bar América, el Hotel Venus --de tan dudosa reputación,-- la Colonia Española, la Imprenta Ricardo y así, lo perseguía a uno hasta la Plaza de Mercado; Pedro el Largo recuerda bien esta multiplicación, invasión y presencia de Chicho Bota porque fue él el encargado de pegar los pasquines y de escoger los lugares estratégicos desde los cuales los ojos de Chicho Bota, inmóviles, parecían mirar a cuanto transeúnte les pasaba por delante como exigiéndole la aprobación de la propaganda que él mismo se había inventado para rellenar el pasquín; encabezando la foto encima de su enorme cara, las letras negras, renegras: "Chicho Bota, Concejal," y al pie de la foto, "Villaguaseño sin igual;" Pedro el Largo se sitúa en esta época recordándose joven, muy joven aunque todos saben que nunca fue joven como también se sabe que caminaba infatigablemente buscando fórmulas secretas de la Palabra, inventando múltiples letanías que lo llevarán a la desaparición eterna, pero dejando, eso sí, una huella sobre la tierra; dejando, eso sí, una obra que fuera motivo y que diera lugar a que por los siglos de los siglos, se mencionara su nombre, el nombre de Pedro, sobrellamado el Largo, un eco vertical, atravesando siglos; no bastaba que Chicho Bota le hubiera encomendado la tarea de ser su agente de propaganda ni tampoco bastaba que Chicho Bota le hubiera encomendado la importante tarea de atender a todos o a casi todos los que llegaban a sus oficinas a pedir favores por adelantado al futuro concejal; era la tarea de Pedro el Largo decidir qué peticiones se tomarían en cuenta y qué peticiones se pasarían por alto; Pedro el Largo recorría el pueblo a zancadas tratando en esas caminatas de encontrar las palabras adecuadas para enfrentarse a Chicho: "déjame conservar tu efigie para siempre en tu propia persona, escribe en documento legal y como tu última voluntad, que se me

conceda el privilegio de embalsamarte; para entonces ya habré encontrado el procedimiento perfecto y quedarás intacto y exacto, como si estuvieras vivo; de pie, en armadura de caballero antiguo, presidirás la sala de nuestro Ayuntamiento por toda la eternidad; en una placa pequeña, cerca de tu pie derecho, se reconocerá mi nombre, Pedro el Largo;" estas palabras tan bien escogidas jamás llegaron en su totalidad, a los oídos de Chicho Bota, preocupado siempre por otras formas de permanencia que a él, por el momento, le parecían más adecuadas y eficaces: los pasquines enormes que contenían su cara y las letras que lo definían; miles de veces se vio Pedro el Largo delante de Chicho Bota con las palabras ahí a punto de salir, pero siempre lo mismo: "tú, Pedro, ocúpate de los pasquines y de contentar a toda esta gente sin prometerles mucho, para que voten por mí;" las zancadas siguieron recorriendo el pueblo con un paso que se hizo angustioso; se movían en una circunvalación repetida día a día hasta que sucedió lo que tenía que suceder: Pedro el Largo se encaminó hacia las afueras del pueblo, pasó el cementerio y siguió caminando por largo rato; el sol le golpeaba la frente haciéndola sudar; cuando el cansancio empezaba a invadirlo, se vio allí, delante del negro Tuntún, un viejo billettero con fama de brujo y muy versado, según decían, en el arte de embalsamar pajaritos y tortugas; entraron ambos al bohío oscurecido por la ausencia de luz eléctrica; un cabo de vela alumbró la sesión; un cabo de tabaco en los labios abundantes del negro Tuntún, comenzó a emitir, entre cenizas enrojecidas, una cortina de humo después de intensas chupadas, vueltas y mascadas a la punta ensalivada del tabaco; comenzó la transformación, acompañada por lo que parecía ser un largo trago de aguardiente; Tuntún se convirtió en Changuito y así lo afirmó en su lengua cubana africanada: "yo Changuito, tún sabe? yo jijo e Santa Bálbala como se dice en critiano a deidá africana Changó, tún sabe, mi jijo? yo caballo montao pol muelto que ten va decil too, too, mi jijo, tún sabe? caballo Changuito habla en lengua, tú men tiende, mi jijo? sssusssussss! tú va sen famoso como tún quiere con en bansamo, jeeey! jeeey! sssusssussss! túm piessa bansamo con pajalito, túm pasa pajalito pol too

cuelpo y dempué bansama; tún va sel famoso jeeey! jeeey! sssusssussss! yo da yelba pa ti, pa que tú bansama, tú men tiende, mi jijo? caballo Changuito da yelba pa ti; yo no dice cómo tú bansama, tú men tiende, mi jijo? porque eso de bansama é asunto tuyo, mi jijo; caballo Changuito na má da yelba pan bansama porque el muelto no dice ná de cómo bansama pero tú va sel famoso porque fama se presenta aquí, muelto dice que fama etá a tu pie, a tu do pie, mi jijo; jeeey! jeeey! sssusssussss!" el viejo Tuntún recobró su compostura como si instantes atrás no se hubiera contorsionado, como si instantes atrás no hubiera hablado en lengua ni hubiera sido caballo del muerto que lo montó; se desperezó estirándose como si hubiera salido de un largo y profundo sueño y con la tranquilidad y satisfacción del que posee todas las verdades del mundo; le preguntó a su nuevo cliente que había dicho llamarse Pedro Matei, que cómo le había ido en la consulta, porque él, Tuntún, nada sabía de lo que hacía ni lo que decía Changuito cuando lo montaba el muerto; sólo sabía que tenía que darle un pajarito de Australia que acababa de metérsele en una de las jaulitas caza-pájaros y que le garantizaba cualquier trabajo que hiciera con el pajarito porque estaba bien cuidado y que provenía seguramente de alguna casa rica que tiene los patios llenos de jaulas elegantes y de carísimos pájaros y que éste en un descuido, seguro que se escapó y que él, Tuntún, tenía que cobrarle cinco pesos que con la consulta, el trabajo que le mandó y con pájaro y todo, era un regalo y que si él cobraba algo era porque los muertos así lo exigían y eso es lo que habían pedido, cinco pesos; Pedro Matei, hombre nada versado en lengua ni en trabajos de brujos, no pudo responderle a Tuntún cuando éste le preguntó en nombre de quién había dicho Changuito que se hiciera el trabajo, si en nombre de Ochún, de Changó, de las Siete Potencias, de Obatalá o de Eleguá, y ante el asombro silencioso de Pedro, Tuntún terminó diciéndole que si Changuito no había dado instrucciones sobre esto, que hiciera él el trabajo en nombre de quien así se lo inspirara; Pedro Matei, hombre nada versado en el oficio de los babalaos, entendió que el pajarito tenía que estar dentro de él para que surtiera efecto el rito o el trabajo, como le llamaba el negro Tuntún, y decidió hacerlo todo

en nombre de esa eternidad en la cual él había decidido no participar; se encerró Pedro en una de las oficinas de Chicho Bota y creyendo estar cumpliendo a pies juntillas con el ritual, se pasó el periquito por todo el cuerpo y por cada uno de sus rincones al cabo de lo cual, el periquito lo miró con una mirada de extrañeza y decidió, en ese momento, quedarse muerto; Pedro el Largo lo bañó con el agua ya fresca en la que había hervido las yerbas y sin pensarlo mucho, abrió la boca y se lo tragó con pico y plumas lo más rápido que pudo a la vez que se preguntaba en qué forma lo iba a llevar a la fama este rito de contacto de pluma y piel, de baño de yerbas y final deglución, en qué forma lo iba a llevar esto a preservar para la posteridad, el cuerpo de Chicho Bota en traje de armadura, que presidiría la sala del Ayuntamiento de la Villa del Guaso; no había aún terminado de plantearse estas posibilidades, cuando sintió una especie de flojera que lo llevaba, definitivamente, al desmayo desde el que oyó muy lejanamente: "es Pedro, vengan, a Pedro el Largo le ha dado una sirimba;" se despertó Pedro en la Casa de Socorros para enterarse de que había escandalizado al pueblo con lo que todos decían que era una forma extraña de intento de suicidio eso de tragarse un pájaro teñido con anilina que, sabido es de todos, es venenosa y que estaba ahí, impregnada en las plumas, a pesar del baño de yerbas; hecho que le costó a Changuito gran parte de su clientela, porque como bien decían todos, un hijo de Changó no le manda a nadie a tragarse pájaros enteros y mucho menos, teñidos con anilina; hecho que además, le costó a Pedro el Largo, el puesto de agente publicitario del futuro concejal Chicho Bota, puesto que de todas formas, en nada le interesaba porque su verdadero oficio era el de infatigable caminante y buscador de la fórmula de no eternidad; en sus días de rápida convalecencia, caminó por cada rincón de la Villa del Guaso; hoy era domingo y a las once de la mañana, un aire fresco se paseaba entre el ambiente soleado; venía Pedro el Largo caminando por la calle Crombet y ya, a la altura del parque Martí, decidió cruzar la calle, trasladarse de la acera por la que caminaba, a la acera de enfrente; en el proceso de cruzar, dio un par de zancadas y al levantar la pierna derecha por tercera vez,

se vio en las calles de Manhattan cuando definitivamente era mujer, años, muchos años después, tantos años después que podría muy bien ser en 1976, y las calles de Manhattan parecían de un gris ofensivo sin ti, Chachita, como si se hubieran adelantado a la muerte, a mi muerte, sin contar conmigo; las pérdidas, Chachi, se adelantan en premoniciones, así lo dijo la palmista y yo te lo dije a ti, Chachita, en aquel restaurante suizo de Westchester y sufriste con la noticia y yo también sufrí porque era una pérdida que se anunciaba muy a destiempo, muy tempranamente para las dos; en la penumbra del restaurante nos quisimos muchísimo, Chachita, y pasamos la cena en una forma solemne, casi solemne, entre el miedo de que todo iba a terminarse y el refugio de acompañarnos; todo iba a terminar cuando hubieran pasado cinco años o diez años desde que nos conocimos, y cuando yo dije, para alegrarnos un poco, que aún quedaban por lo menos cuatro años, tú suspiraste, Chachi, con tristeza; a pesar de este momento que nos unió tan profundamente, unos meses después yo empecé a sentir una verdad lenta que me venía visitando y era, Chachita, lo que yo creo que se puede definir como tu desamor y me empecé a decir, Chachi, por qué tener que pasar por presagios y sueños hasta encontrarnos con el desasimiento total, irreversible, envejecido en la espera? tu amor, Chachi, ése que me cantaste en tantos poemas, se convertía vertiginosamente, en un afecto extraño; y fíjate, Chachi, que hasta tuve un sueño que reafirmaba todas las premoniciones de la palmista y cuando las iba a escribir en el diario, así mismito como te lo estoy diciendo ahora que estás tan lejos que ya no sé si estás en alguna parte, cuando lo fui a escribir, como te digo, lo que puse fue: quiero dormir en blanco, sólo dormir en blanco y que se apague todo; Pedro el Largo sintió su pie caer pesadamente en la otra acera, siguió dando zancadas rumbo al río; se acomodó debajo del puente y comenzó una letanía con la que estaba seguro de llegar poco a poco y paso a paso, a la total desaparición: "devota calandria, meliflua serpentina, rígida libélula, cincelado poeta, angustiosa bravata, miserable oposición, naturalidad orgánica, inesperada violencia, fúlgida cascada, salto abrasador, beso constante, trípode gregario, milenio empolvado, consumidor

entumecido, sapo bailador, cocuyo nocturno, mariposa entrometida, caja solariega, naipe burlón, camino enrojecido, contaminación linfática, fatiga pervertida, tendón travieso, miserable oposición, miserable, miserable, miserable" ya estaba bien cerrada la noche cuando Pedro el Largo se despertó brevemente y fue reconociendo el puente, sí, todavía estaba ahí el puente, todavía estaba la luna ahí, increíblemente brillante, y él aún estaba ahí; no quiso dejarse caer en el desaliento y se agarró a lo que él llamaba un talismán de palabra: "un tropezón no es una caída y mucho menos, una caída definitiva"

## LAS GALERAS

acabamos de salir de Alejandría, dicen que este viaje termina en el puerto de Said; un viaje corto, un viaje largo, siempre el mar, el viaje, el remo, el remo en la galera; me dejo balancear por el ritmo que me induce al éxtasis para que mis ojos pierdan la expresión, para cortar los bordes sólidos de la realidad, para remontarme a la región más cristalina; el vuelo se hace corto cuando me doy de frente con este nombre genérico al que respondo: el Esclavo, el esclavo de Said, un objeto más del faraón que me hace cabalgar las mareas del Mediterráneo en un viaje interminable; y de haber nacido en China? sería Mui Tsai y mis padres pobres me hubieran vendido a amos ricos para que me usaran a su antojo; y si hubiera nacido entre pirámides, libre como un pájaro? hubiera crecido como el aire hasta el momento de verme sentenciado a las galeras por un crimen que cometí, por un crimen que no cometí, para sentir eternamente esta madera de vaivén que ha echado sus raíces en mis manos; y en el siglo XI? llegaría a tiempo para recoger las palabras de Santo Tomás de Aquino en el momento en que afirma que la esclavitud es consecuencia inevitable del pecado original y si espero...? si espero, he de nacer en el Congo para atravesar el Trópico de Cáncer hasta el Nuevo Continente, envuelto en mis cadenas, en las cadenas que estarán siempre en mí como un aditamento endurecido de mi piel; y para qué las interrogaciones si ya he aprendido a desconocerme, si voy aprendiendo a no preguntar en qué hemisferio mis padres cumplen su esclavitud como yo cumplo la mía; ya es hora de romper esa visión que a ratos me visita, la figura del hombre poderoso que fui cuando solía abrirme paso entre la muchedumbre de brazos extendidos; porque ahora me toca ir hasta mi muerte presintiendo el salitre que busca las cuencas de mis manos para abrirles el misterio que entierro día a día en la madera

todos decían que Pedro el Largo era un viejo loco con domicilio no identificado pero a la vez, todos se contradecían y afirmaban que Pedro el Largo nunca había sido un viejo loco; en lo que sí se mantenían de acuerdo era en aquello de domicilio no identificado porque rara vez lo veían de otra forma que no fuera caminando; a veces caminaba con una rapidez dromedaria, tratando de salvar, con desesperación, la distancia que lo separaba del río y era allí, debajo del puente o encima de la enorme piedra, donde había surgido su fama de loco, porque los mendigos que por allí merodeaban, ya fuesen villaguaseños o de otros puntos de la comarca, lo habían oído repetidamente, a viva voz, y con frecuencia con los brazos extendidos y los ojos en blanco, diciendo unos disparates que no tenían --y esto lo afirmaban enfáticamente todos los mendigos,-- ni pies ni cabeza; a quién insultaba aquel viejo? a quién le pedía? para qué esos disparates a veces letanizados y otras veces sencillamente indecentes que venían a interrumpir a cualquier hora el sueño de los mendigos que trataban de dormir en paz, cerca del Guaso, como cualquier hijo de vecino? pero después, nada, como si nada hubiera pasado, Pedro el Largo recorría kilómetros repitiendo sus pasos dentro de la misma circunvalación, siempre en solitario excepto cuando hacía algún trabajito que según decían, podía hacerlo también, como cualquier hijo de vecino, y como eso sí, Pedro el Largo nunca molestaba a nadie, se decía que definitivamente, no estaba loco, pero llegaba el sábado que era el día de pedir limosna de puerta en puerta para recibir algunos quilos y un pedazo de pan duro, y allí estaban los mendigos con sus historias de las letanías y cochinas que decía el viejo; cuatro mujeres muy blancas y gelatinosas que tenían en su patio un árbol de cerezas, esperaban ansiosas a que llegara el sábado para que el negro Musaraña les contara la vida y milagros de Pedro el Largo que, en fin de cuentas, no eran más que un enredo de palabras y con frecuencia, de palabrotas; este sábado específico, las cuatro gelatinosas se apostaron desde temprano en el corredor de la calle a esperar al

mendigo Musaraña para que las informara de las últimas aventuras verbales de Pedro el Largo; vieron por fin venir a Musaraña, torciendo los ojos, torciendo la boca y moviendo las manos como si estuviera agarrando cosas invisibles en el aire vacío; ese día en particular, las gelatinosas le dieron tres centavos (dos quillos cubanos chiquitos y blanquitos y un quilo americano, más grande y prieto); y al oírlo protestar, ¿qué quilito ná má? decidieron contentarlo ofreciéndole un poco de chocolate caliente en una lata bastante vieja y oxidada; el pan duro encontró acomodo en el trapo sucio que lo envolvería hasta que el hambre decidiera otra cosa; estaba Musaraña de pie, junto al cerezo, incapaz de disfrutar el aroma dulzón que despedía, porque el olor de los orines repetidos y reconcentrados en sus harapos se había apoderado del ambiente; desaparecido el chocolate caliente en un par de tragos, el Musa se dispuso a repetir las últimas palabras lanzadas por Pedro el Largo en medio de la noche y que según aseguraba jurándolo "por ésta," con los dedos pulgar e índice en cruz, era una reproducción exacta de lo que dijo Pedro el Largo y bien pronunciado todo, como pronunciaba él: "voy a mear como un perro feo y como un diablo lleno de azufre, esos hombres que pasaban el río decían con rabia en los dientes y baba en la cara: hoy tenemos los huevos alborotados; el asunto es chivar la pita y joder y joder hasta cortarse los huevos porque el hombre es un diálogo sin fin en el que juzga, es juzgado, condena, libera, vomita, vomita, vomita una irrealidad y otra hasta convertirla poco a poco en una realidad suya, exclusiva, triste, involuntariamente jocosa, siempre penetrada del sudor de lo infinito, el infinito hacia dentro, el recorrido del pozo: deja que los perros recojan todas sus sarnas y entonces veréis violar las cucarachas;" las cuatro gelatinosas sintieron el asombro poblándoles el rostro blando, hasta alojárseles en los ojos porque eso que acababan de oír no era un rezo; uno de éstos que se las da de inteligente, había dicho que Pedro el Largo hablaba en letanías y esto que acaba de decir Musaraña no es una letanía, porque las letanías son rezos que se dicen en la salve, y esto lo saben bien las cuatro, porque para eso asisten, noche a noche, a las siete; Pedro el Largo caminó hasta la estación de trenes para tomar el tren que lo llevaría traqueteando hasta Caimanera; en el trayecto de los veinte

kilómetros, se había quedado absorto mirando por la ventanilla como queriendo absorber el paisaje interrumpido por el paso rápido de postes de teléfonos; árboles, tierra que le parecía seca, y esas matas de maguey que eran para él, sin poder explicarse por qué, un verdadero misterio, y como siempre, la curiosidad asombrada cuando llegó a Novaliche, a aquel caserón único en medio del despoblado que siempre se quedaba mirando él en la parada del tren; más tarde, la melancolía de la salina con aquellos rectángulos enormes que eran, y así los había clasificado él, criaderos de sal; al pasar por la loma del cementerio, como le decían porque el cementerio estaba en esa loma casi llegando a Caimanera, el tren aminoró la marcha y Pedro el Largo estuvo a punto de bajarse, o mejor dicho, de tirarse con cuidado, para inspeccionar de cerca aquel área y tratar de comprobar, relacionando el hecho con el lugar, si aquellos alrededores habían sido el escenario del crimen que hacía sólo unos días había cometido Agachao, o al menos, eso decían: que habían visto a Agachao cargando en las espaldas un saco de yute que parecía muy pesado y en el cual seguro que había metido a un hombre descuartizado a quien él había asesinado acuchillándolo para robarle mil pesos que el hombre llevaba en el bolsillo; pero el hecho es que Agachao andaba suelto, sin que nadie le pusiera una mano encima porque según decían algunos, no había pruebas suficientes de que el dinero que de buenas a primeras estaba derrochando Agachao fuera el dinero robado, como tampoco había pruebas de que el saco de yute que llevaba Agachao fuera el mismo que habían encontrado cerca del cementerio conteniendo los restos de un hombre descuartizado, como también se decía que lo que pasaba es que todo el mundo le tenía miedo a Agachao, que era un hombre flaco con cara de malo e inclinado siempre hacia adelante como si se hubiera partido la columna en el área cervical o en la dorsal y esto lo obligara a formar con su cuerpo, un ángulo recto; Pedro el Largo sobrepasó el impulso de bajarse porque la visión del cementerio lo hipnotizó haciéndolo desistir de su intención primera de investigar el crimen; al bajarse en la vieja estación de Caimanera, se compró unas mariquitas de plátano y unas frituras de bacalao que se freían en los anafes improvisados que se multiplicaban en el área pequeñísima

delimitada por la estación y el muelle en la que transitaba la muchedumbre que se movía entre las lanchas y el tren; antes de dirigirse al muelle donde Quintín le dejaba la chalupita por cuyo uso no le cobraba un centavo, Pedro el Largo se llegó a la fonda de los chinos, a unos pasos de distancia y se compró un pedazo de pastel de coco y otro pedazo de pastel de limón para cuando lo asaltara el hambre por la noche; ya iba a desamarrar la chalupa cuando decidió ir al puesto del Isleño a tomarse un café negro, renegro, al que llamaban carretero; ya en la chalupa, las manos en los remos, da unos remazos hacia atrás y enfila la proa hacia Boquerón; el mar estaba un poco picado y los tiburones ahí, a todo lo largo y lo ancho de la bahía; de cuando en cuando, Pedro el Largo se detenía para achicar la chalupita, sacándole el agua con un jarro de peltre sucio y desconchado; casi al llegar a Boquerón y tal vez por la tensión ante el peligro, se sintió rígido, las manos, adoloridas, porque sin haber encontrado aún la fórmula de no eternidad, le preocupaba morir para seguir viviendo en otra forma; era ya de noche y escogió su lugar para pescar langostas; hubiera sido más fácil ir remando por toda la costa de Caimanera y al llegar al Nunque, pescar manjúas con un jamo como el de cazar mariposas, porque como decía Quintín, ya esa chalupita no estaba para meterse en alta mar; había algo en esa soledad desgarradora que lo hacía volver siempre al mismo sitio; ya instalado en su parche de agua, echó las nasas por la borda y enfocó la luz que atravesó la transparencia del agua; Pedro el Largo se sintió hipnotizado por esa luz que se hundía hacia las profundidades del agua; en su inmovilidad absoluta, se sintió penetrado de angustia de espera que se hacía interminable; sí, Chachita, te oigo bien, desde dónde me estás llamando, desde Grand Central? y por qué lloras, Chachi? porque te dejó el tren? así te lo preguntaba yo, Chachi, una pregunta detrás de otra, te lo preguntaba desesperadamente porque tú no sabes, Chachi, la angustia que me daba oírte llorar, que yo no sabía qué hacer ni dónde meterme y por eso te sugerí que tomaras el expreso que paraba en la estación siguiente, la que viene después de Scarborough, porque en cuanto te oí llorar, busqué corriendo el itinerario y te dije que tomaras ese tren que salía en unos minutos de Grand Central para que no

tuvieras que esperar tanto rato allí y para que no lloraras más, pero te digo que cuando te lo sugerí, sentí miedo porque esta otra estación es peligrosa, Chachi, de asaltos, robos y hasta crímenes, por eso me fui a esperarte con bastante tiempo por delante para que tú no te vieras sola en ese lugar al que ni los taxis van y mientras te esperaba me fue entrando más y más miedito hasta que se me aceleró el corazón como loco cuando se aparecieron tres carros llenos de negros y empezaron a dar vueltas a mi alrededor y yo imagínate, Chachi, el miedo que tendría porque como tú sabes, el cierre de la puerta derecha del Plymouth estaba roto y no se podía cerrar bien, pero no me fui y seguí con el miedo que se hizo grande, grandote hasta que llegó el tren y los tres carros se desaparecieron; pero ya tú ves, Chachita, con miedo y todo, me quedé allí por esperarte, para que no estuvieras solita; con miedo y todo me quedé, Chachi, sólo por esperarte, aunque nunca te lo dije; al otro día fuimos a montar bicicleta; yo, andando despacito pero sin sentirme amarrada por la lentitud de la Huffy que tú me regalaste porque la verdad es que me sentía bien libre montando bicicleta contigo; aunque yo a veces decía, Chachi, y no sé si tú te acuerdas, que la Huffy me llevaba no por donde yo quería, sino por donde ella quería ir, y te decía jugando que esa bicicleta hacía lo que le daba la gana, pero lo que tenía que decir y lo que te digo ahora que no sé ni dónde estarás, Chachi, es que a cada rato yo me estaba cayendo porque yo no sé qué me pasó que cuando yo era chiquita yo montaba bicicleta tan bien y requetebién y después, ya tú ves, Chachi, que yo siempre estaba en el suelo, y te veía en tu bicicleta amarilla, dale que dale y como si nada, y yo atrás, con la Huffy tan negrita y tan lenta y muchas veces pensaba, me voy a caer, pero pedaleaba y pedaleaba, todo por seguirte, Chachita, todo por seguirte y si me caía, yo sabía que tú te ibas a reír con ese cariño tan simpático que me iba a acompañar; te lo juro, Chachi, aunque nunca te lo dije; rayando el amanecer, Pedro el Largo sacó del agua las nasas aún vacías y regresó a la costa, a remo

## A UN CICLO DE DISTANCIA

le decían el Enclave, un centro amurallado con alambradas de púas, rodeado de un resto de base militar donde pululan los refugiados que trajeron con ellos, en ellos, un pequeño infierno pegado a la piel, como una costumbre; puñaladas, robos, la mentira, el dolor, la falta de libertad, la asfixia, la miseria humana; era quizás el mes de octubre, un día de semana cualquiera, en aquel cubículo en el que me tocaba entrevistar a los refugiados: de qué cárcel vino usted, cuántos años preso, de qué institución psiquiátrica lo soltaron, y usted, vino porque quiso a este país? "no, a mí me obligaron, a mí me pusieron en un barco que salió del Mariel, yo, por mí me hubiera quedado en el Combinado, porque aunque me habían echado veinte años, en Cuba, al menos, estaba mi familia;" sí, era octubre y era un día cualquiera; el cubículo, vacío de voces; fui teniendo consciencia de mí, de mi cuerpo sentado en esa silla rodante que se hundía en el hueco del escritorio; recliné la cabeza, escondí el rostro entre mis brazos y la visión de otra dimensión fue abriéndose ante mí; reconocí el poder en mis ojos, supe que la mirada tenía otra razón de ser, pero no comprendí de inmediato, el significado de esta visión; un mes después abandoné el Enclave; en avión, desde Fort Smith, atravesé varios estados, hacia el Noreste; llegué a mis calles conocidas, las volví a recorrer; un guía incógnito llevó mis pasos a las salas impregnadas de humo de incienso, habitadas de mujeres envueltas en saris blancos que caminaban con movimientos etéreos y hacían del amanecer, la hora de la meditación; en ratos de aprendizaje, oí tu voz, hermosa yoghi, que venía a tocar con su magia los espacios y traernos la memoria de nuestra edad de oro; a la hora del amanecer, tu mirada nos traía la luz; cuando tus ojos se hundieron en los míos, comprendí el significado de mi visión primera; supe que tu historia y la mía, se tocaron, piel a piel, en otras reencarnaciones, supe también, que habíamos nacido de la tierra perfecta, a un ciclo de distancia, donde predominaban la sabiduría, la luz, el amor, donde no existían divisiones de

géneros, ni de reinos, ni de propiedades; donde pasábamos las horas construyendo para el bien común, haciendo funciones en las que poníamos al máximo, el uso de nuestras cualidades, y en las horas de recreo, salíamos a la atmósfera limpia de los valles en largas caminatas, al atardecer; era una tierra de habitantes universales, bañados por una benevolente luz dorada en la que nos comunicábamos a través del silencio; tú y yo reconocimos nuestro origen en la mirada de nuestros padres, y vimos salir de nuestra mirada, a otros seres de luz que se dispersaron por el universo para llevar el mensaje

en la Villa del Guaso se corrió la noticia como una pólvora: Pedro Matei se había metido a masón, lo habían visto en el patio de la Logia de Caimanera aunque nadie puede asegurar si fue en una de esas horas en que se reúnen los hermanos de la Logia o si fue en un momento en que en la Logia no había ninguna actividad, pero de que estaba allí, estaba, con delantal y todo, en grima, solo, en aquel patio, haciendo visajos, de pie, y con las manos juntas, como si fuera a rezar; dicen que estuvo así durante varias horas, haciendo visajos y con las manos juntas, en oración, hasta que explotó a todo grito, a grito pelado y a voz en cuello como para insultar a alguien que lo estuviera interrumpiendo: "pero bueno, Rodrigo, y esa bullanga que tú te traes a estas horas? bueno, chico, aunque sea la hora que sea, eso de andar a cañonazo limpio, le zumba el mango; ahhhh! que tierra, tierra? y que primero Guanahaní y después San Salvador? si tierra, tierra, pues tierra será la madre que te parió;" los ojos que lo vigilaban desde el traspatio aseguran que Pedro el Largo se calmó en su debido tiempo y ya profundamente concentrado, empezó a letanizar: "ojo fisgón, peíto de aluminio, ladrillo múltiple, enciclopedia horizontal, subasta categórica, barrilete infamador, disuelto castigo, magnetófono voraz, simiente deshonorada, glorioso cuerpo de avestruz, horizonte inquieto, verdadero tragaluz, esquina redimida, lancha vertical, madrigales en conserva, antorchas de almidón, molares debatidos, calamar del Sur, riñones arteriales, beneficencia pulmonar, palomas vertebrales, huesos a caballo, jinete colosal, subasta categórica, horizontal, voraz, voraz, voraz;" los comentarios seguían en su hervidero y hasta el cura del pueblo se sintió en el deber de hacer una advertencia general y enfática que vino como un trueno vestido de bondad, justamente al terminar el sermón, cuando sin más preámbulo ni explicación dijo resueltamente que todos los masones se irían de cabeza para el infierno y que todos los allí presentes sabían a qué se refería y que no quería decir nada más de esa sociedad secreta en la que seguro estaba metido el diablo, por respeto al lugar donde se hallaba en ese instante, y sin más ni más, se bajó del púlpito dejando a los

feligreses nerviosos e impacientes por empezar a añadir este nuevo aspecto a los muchos comentarios que ya se habían hecho: la intervención del cura; terminada la misa y ya en el parque, se amontonaron los feligreses alrededor de las estatuas de los héroes y, para sorpresa de ellos mismos, descubrieron estar de acuerdo en que de ninguna forma querían que Pedro el Largo se fuera de cabeza para el infierno y que seguramente no se iría porque no lo creían capaz de meterse en sociedades ocultas como ésa, al cabo de lo cual, uno de los del grupo se sintió con suficiente valor para decirle a otro en alta voz, para que los demás lo oyeran: "no, chico, a Matei lo conozco yo, qué va él a meterse a masón; bueno, sí, a mí me han dicho que los masones se ponen unos delantalcitos, pero si a Matei lo vieron con delantal sería porque iba a barrer el patio de la Logia; si Pedro es un infeliz, chico, un pobre diablo que iría a barrer allí por ganarse la peseta, y eso que estaba diciendo allí en el patio, esa ensarta de palabrería, te aseguro que eso no eran cuestiones de Logia, sino una de esas cosas extrañas en las que él entra, porque vete tú a saber si no será verdad eso que dicen, que está medio guillao del queso;" con el paso de los días, se fueron calmando los ánimos, debates y comentarios aunque sí quedaron algunos muchachos rezagados que se le acercaban burlándose: "qué, Pedro, estás buscando algo en los misterios? mira, cuídate, que eso no es bueno para el espíritu y mucho menos para la cabeza;" pero Pedro nunca les respondió porque él, como siempre, seguía absorto en su mundo; sí, claro que me acuerdo, Chachita, que el día antes de irme para Fort Chaffee a entrevistar refugiados me pasé el día entero dando vueltas por el apartamento, escogiendo aquí y allá las cositas que me iba a llevar en las maletas que tú me ibas a hacer y también me pasé el día haciendo chistes y riéndome todo el tiempo y con un sombrerito puesto como el que llevaba Rex Harrison en *My Fair Lady*; y cuando te llamé desde Fort Chaffee desde un teléfono público tan y tan desolado en la noche cerrada, en cuanto tú me oíste la voz, empezaste a llorar, Chachi, aunque yo no te había dicho nada de la desolación de aquella cabina desde la que te estaba llamando, y te pregunté poniendo la voz lo más valiente que pude, pero qué te pasa, Chachita, si

no hay motivos para llorar y yo aquí me siento bien, pero bien; y tú me dijiste que era por el sombrerito, que te habías acordado de como yo me pasé todo el día dando vueltas con el sombrerito puesto; y es que yo creo, Chachita, que es que tú sabes que cuando me pongo a hacer monerías y a reírme, es para espantar el miedo a que me llegue la tristeza; yo creo que tú, eso, lo sabes, Chachi, aunque nunca me lo dijiste; ese año me lo pasé de una experiencia extraña en otra; como si estuviera en otro planeta y todo tan triste y desolado; y cuando la mujer cubana que vivía en la misma barraca que yo me dijo, "pronto te voy a necesitar porque Myrna se va y yo no sé si voy a poder aguantar la tristeza," yo le dije que sí, que yo la acompañaría, y cuando Myrna se fue, la mujer venía a verme todos los días para hablarme de su tristeza y un día me dijo que ella era alcohólica y que si la tristeza le daba fuerte, ella iba a empezar a emborracharse otra vez, y otro día me invitó a pasar un fin de semana en Eureka Springs y en la casa de huéspedes, ella pidió una cama y yo le dije que mejor dos, porque ya yo estaba viendo que su añoranza por Myrna necesitaba otra forma de alivio, y estaba bebiendo demasiado, y cuando regresamos a la base, yo me la llevaba a caminar por las noches, a ver si así se olvidaba de tomar aunque fuera por un rato, pero aun caminando se tomaba sus cervezas y una noche, en mi cuarto, se metió en mi cama y nos dejamos amanecer para quitarnos un poco tanta desolación, porque aquél es un lugar, Chachita, en el que uno se muere sin un abrazo, en el que uno se muere sin una ilusión, y por eso, cuando esta mujer se fue, me ilusioné con una americana alta y rubia, como en Westchester me había ilusionado, un año antes, con la chilena que estuvo por allá, de paso, pero ya esto lo sabes, Chachita, porque todo te lo dije; siempre te añoraba porque tú eras parte de mi ambiente, de mí, de todo lo que yo tocaba, como yo era parte de tu ambiente y así me lo decías, "ven, ven pronto porque este apartamento ya no es un hogar sin ti, porque ya aquí no hay calor de hogar;" pero yo no me iba porque era tan difícil encontrar trabajo y quería ahorrar un dinerito para que después no nos faltara nada y por eso, cuando me dijiste que habías comprado el estéreo, que querías que hiciéramos un viaje a México para

asistir a la conferencia y que habías pintado el apartamento, te hablé duro en el teléfono y lloraste porque habías pintado el apartamento con tanto amor, y después de oírte, yo me quedé llorando por mucho rato y lloro ahora, Chachi, que ya no sé a dónde estás o si estás en algún sitio, porque eso no me lo perdono; pero sí me fui cuando te oí decir que te ibas a la India con un grupo de mujeres yoghis, a Mount Abu, donde grandes cosas iban a pasar y me dio miedo que te quedaras por allá, creyendo haber encontrado ese camino que tantas veces creíste encontrar, cuando te encerrabas en el cuarto donde estaba tu escritorio, a hacer tus ceremonias y rituales secretos, como si estuvieras buscando una clave para desentrañar misterios; y si es verdad que yo siempre hubiera añorado tu presencia tan querida, si hubiera sabido que estás en tu camino, quedaría en mí una resignación triste y solitaria, pero sin saber en qué ibas a meterte, eso no, Chachita, no hubiera podido vivir sabiéndote inconforme y triste en algún lugar lejano, y yo, sin una letra tuya, Chachi, sin volver a oír tu voz; a mi regreso, casi en seguida nos mudamos cerca, cerquita de Manhattan, porque desde Sunnyside era tan fácil ir al Centro de las yoghis, recuerdas, Chachi? y pronto me adapté a las comidas vegetales y al celibato contigo, que tú decías que teníamos que tener para la pureza, pero para mí, el celibato contigo no fue nada nuevo, porque empezó casi en seguida, en tus primeras visitas a Westchester, cuando tú, de sexual, nada, y todo era tan extraño, Chachi, porque cuando tú no estabas conmigo era como si te faltara la vida y a mí me pasaba lo mismo y había una intimidad profunda, el lenguaje que tienen los amantes y esa condición de hogar que tú creabas; estas contradicciones dentro de una misma situación que parecía tan sólida, me hicieron escribir en el diario, cosas que yo entonces no comprendía como comprendo ahora, Chachi, que estás tan lejos que ya ni sé si estás en algún sitio; entonces me dije que las interrogativas lanzadas al futuro se convierten en eco sin respuesta pero que mientras tanto seguiríamos compartiendo el termo de café que te preparo a las seis de la mañana, algún libro que nos llegue, tantas formas del cariño; si tú estás en algún sitio, Chachita, y si me oyes, has de comprender que no fue fácil discernir todo este

enredo, porque tengo tus cartas que por primera vez, en tanto tiempo, releo ahora, y es difícil pensar que ese amor tan grande que hay en ellas, no sea nada más que una forma extraña de cariño; y por eso, tal vez por eso, estuve los primeros cinco años sin pensar en nadie más que en ti, hasta que me empezó así, de pronto, la necesidad de ilusionarme, de conocer a alguien con quien yo pudiera ilusionarme, porque para mí ya esto se hacía vergonzoso y tan difícil, cuando tú a veces me decías que te sentías culpable por no darme lo que yo necesitaba y yo te decía que estaba bien, porque me empezó a pasar, y esto te lo juro, que yo misma me llevé a otro camino y cuando me venía un arrebató de pasión, borraba tu imagen y me abrazaba a alguien inventado o recordado tal vez, para que no se desatara el temor en mí, de que quisieras desterrarme para siempre, de que quisieras huir de mí, de que quisieras evadirme, pero nada de esto he sabido hasta ahora, cuando ya ni siquiera sé por dónde andas; allá en Westchester, nunca me detuve a descifrar el freno que me impuse, un freno de hierro, una coraza para protegerme del miedo hasta que me lo hice creer, Chachi, que ya no era por ti, que era por alguien inventado o recordado tal vez, o prestado de una realidad que no era la mía, pero ya tú no estabas ahí, en los momentos de la gran añoranza, y cuando tú me dabas el permiso y me anunciabas: "esta noche vamos a estar junticas," yo aceptaba tu permiso sin ilusión, sin arrebató, como una de las tantas formas de cariño que me llegaba con una carga de tensión, y me metía en el permiso con un poco de temor y por esa persistencia equivocada de querer mantener algo que ya resultaba inadecuado para llenar aquel vacío; pero acercarme a ti, Chachi, a pesar y aunque fuera en esa forma extraña del permiso, era acercarme a algo tan querido, a lo más querido, Chachi, y sucedía, Chachita, que salía de mí, lo más puro, lo más hermoso, que me dejaba después muy prontamente, un sentimiento marcado por la duda, una timidez casi vergonzosa, y me quedaba así, casi sin respirar, como buscando un rincón para protegerme de la hora del destierro; en Sunnyside me dije que en Westchester se quedaron aquellas cosas extrañas que te daban, la primera fue en aquel restaurante al que ahora mi memoria tal vez equivocada, le da el

nombre de Squire Restaurant, sentía yo una serenidad casi contenta sentada allí, frente a ti, esperando que nos trajeran el plato de langostas, y de pronto, tu voz en una urgencia contenida, "vámonos, tenemos que irnos, estoy mal, estoy muy mal;" las langostas se metieron en una caja de cartón y nosotras nos metimos en el carro, la corta distancia hasta la avenida de South Highland, hasta el exacto número 87, los jardines con algo hermoso entre la luz de los faroles, la angustia en el ascenso, casi contando uno a uno los escalones; el B-25 en la puerta negra, entramos, nos sentamos en la ancha cama, tú, abrazándote a un rosario, me pides que te abrace y así lo hago, fuertemente, y hablas del terror que te domina y pides protección en el abrazo, y hablo tratando de escoger palabras que se le ocurrirían a Dios, a cualquier santo, mientras domino yo también el terror a que te descontroles totalmente y sin nadie que viniera a ayudar en ese día que fue domingo y el dolor profundo, Chachita, de la sola idea de que escaparas de tu mente porque me decías que tú sabías que la realidad estaba ahí, pero que para ti había dejado de existir esa realidad; y otro día que nos bañábamos, lo mismo, que tenías que salir de la bañera porque estabas mal, muy mal y llena de terror por todo, hasta de mí, y otra vez las oraciones y el abrazo que me pedías tan desvalidamente; en meses sucesivos, el miedo ahí, aferrado a ti, hasta que empiezan las consultas con Emilio, semana tras semana y él te fue curando, aunque no sé cómo, Chachita, porque nunca me dijiste; y ahí mi angustia, mi angustia siempre, de que volviera a afinarse ese cristal tan frágil que te separaba de la irrealidad y me decía que tal vez te pasó eso por tu obsesión de que naciste de la sucieza sexual de tus padres y llorabas desconsoladamente por ser producto de esa sucieza y otras veces me decía que era por los actos de hechicería que te obligaron a cometer cuando pequeña y mi angustia aun más grande, años después, cuando ya nos habíamos separado y me dijiste que todo aquello era el peso de tu culpa por mí, de mí, hacia mí; aunque bien pensado, Chachi, no creo que tú me quisieras tanto como para enloquecer porque sentías que no llenabas mi necesidad de compartir mi vida con una amante, porque tienes que recordar, Chachita, que si me hubieras querido de verdad, no me

hubieras abandonado, años después, cuando me dieron de alta del hospital María Inmaculada, en el barrio de Jamaica, en aquel 21 de febrero, en aquel año de 1985 en el que recuerdo mi terror, Chachi, cuando se acercaba el día de mi salida y tú no mencionabas nada de venir a buscarme y yo veía desde la ventana del hospital como caía la nieve y me sentía indefensa para caminar en ella, tan recién operada del disco lumbar que me sacaron, con esa espalda llena de puntos, sin nadie que me cuidara, Chachi, y todo por tu resentimiento hacia mí porque yo me negaba a que me impusieras en mi casa esa presencia extraña; oí tu voz en el teléfono diciéndome que el día de mi salida te ibas a un museo, le pedí al médico que me permitiera quedarme más tiempo en el hospital, a ver si alguien aparecía, Chachi, pero no me lo permitieron y el miedo se me quedó ahí, intenso, hasta que Anaís se ofreció a recogerme, y así lo hizo; por eso decido ahora mismo, Chachi, que ya es hora de que yo me quite esta angustia de mi culpa por tus crisis porque tal vez quien te metió eso en la cabeza fue Narcisa, porque nunca me perdonó lo nuestro, Chachi, esa unión entre tú y yo que ella veía, cuando la conocimos, como algo sagrado que le quitaba el acceso a ti, que le quitaba la posibilidad de tratar de conquistarte, y así me lo dijo un día, si quieres buscar las causas de las crisis de Chachita, búscalas en ti; la nuestra era una unión extraña, un fuerte lazo siempre pronto a deshacerse, siempre listo a desaparecer y así lo sentí en el Fuerte de Agra, tan cerca del río Yamuna, donde el Sha-Jehan pasó sus últimos años, ya depuesto, buscando con su mirada el alma de su amada en el cenotafio que la guarda bajo el domo del Taj Mahal; mientras el guía nos señalaba en el Fuerte los huecos en la paredes que antes habían estado llenos de joyas, y los nichos en los que se ponían espejos para ampliar las posibilidades de la luz, yo me asomé a la ventana donde tantas veces se habría asomado el Sha-Jehan, busqué con la mirada lo que tantas veces buscaría él, y me sobrecogió una tristeza profunda en la casi noche; al regresar a Sunnyside tuve la impresión, aunque nunca te lo dije, de que un sueño hermoso había quedado atrás, como había quedado la mirada de mis ojos vigilantes, en la ventana de Agra; subimos las escaleras, todo estaba igual

en el apartamento: el baño, la cocina, las habitaciones, todo en su sitio y a la vez, todo distante, casi ajeno; en la sala, la pecera llena de peces muertos: la persona a cuyo cuidado los habíamos dejado, no se ocupó de ellos y flotaban en el tanque, hinchados, cubiertos aún de su rojo dorado; todos lo vieron pasar, apresurado, encaminándose hacia el río, y más de uno comentó, allá va Pedro el Largo, a una de sus letanías; llegó al puente con un sigilo asustadizo y se acomodó para escuchar: "el rocío de la no muerte muerde el arpa de tus costillas, vacíos excavados con tanta ausencia abrieron abismos en el ancho rectángulo; el alcohol negrísimo y el polvo de malaquita no bastan para cubrir la muerte que se esconde en tus ojos sin que la puedas apresar, para siempre;" y con este mensaje que por primera vez recibía él sin saber de dónde, un hilo eléctrico le culebreó en la espalda y no supo si el corazón se le hizo más grande o más chico, pero se le salió por la boca, como un ladrido

## NERI

sólo sabe que le llamaban Neri o Nerito y que una vez tuvo tres años de edad y que esa mamá suya tan querida y poderosa, tendría que morir, no sabía cuándo, sólo sabía que en sus frecuentes visiones la veía estrangulada, su cuerpo ya inmóvil aferrado a la terquedad que le caracterizaba, tendido sobre una enorme concha de mar, dejándose llevar por las olas, dejando que sus vestidos de gasa fueran dominados por el viento; una de las tapas de la concha abierta, recogiendo el cuerpo de su madre, la otra tapa, erguida, abierta en ángulo recto como para servir de pared; Neri o Nerito era un niño solitario al que le gustaba atisbar por los huecos de las ventanas, ya había atisbado por todas las ventanas y había visto orinales, penes en erección, pechos de algunas madres derramando leche, el enorme trasero de un buey, el triángulo negrísimo de una de sus ayas; pero nada de esto había logrado interesarle; sólo el pequeño pie izquierdo de aquel bebé en la cuna, moviéndose, moviéndose en las pataditas al aire que daba el bebé, y volvía recurrentemente a esa ventana para repetirse la promesa de que un día devoraría el pie de un infante de apenas unos meses de nacido, para después pararse a contemplar el muñón sangrante, y oír el llanto del niño que se iba convirtiendo en alarido, y en el momento de la mayor desesperación del infante, a Neri le vendría el arrepentimiento, su forma convulsiva de llorar, le vendrían los sudores, el hormigueo, el chorro que mancharía sus faldones de seda y ya entonces, la paz total, Neri, porque fuiste capaz de compadecerte del muñón sangrante, porque fuiste capaz de convulsionarte y llorar; todo esto Neri sabía que iba a pasar y lo saboreaba anticipadamente a los tres años, cuando ya había atisbado por todas las ventanas menos por una ventana muy fea y descascarañada; a ésta, Neri nunca se acercaba, mayormente, porque ese color verde le repugnaba, porque no se conformaba a mirar el brillo de la pintura de óleo en la que no faltaban manchas de

churre que se metían hasta en las escaras de la pintura seca; a pesar de que la portezuela de la ventana estaba construida de tablones arrimados que dejaban ver sus hendijas, Neri se decía que la portezuela completa parecía un pedazo de piel verde, podrida; pero hoy, a las 9:00 de la mañana, mientras se repetía lo de la podredumbre de la piel verde, empezó a decirse también que él no podía dejar seguir pasando el tiempo sin ver qué había detrás de esa ventana y fue preparándose para la empresa de abrirla: en el primer viaje a su habitación, trajo una mesita; en el segundo viaje trajo un banquito; en el tercer viaje, trajo el orinalito donde el aya lo hacía orinar todas las noches tres y hasta cuatro veces; fue entarimándolo todo, haciendo que el orinalito sirviera de copón, boca abajo; y sin pensarlo más, se dio a la tarea de ir subiendo los escalones recién contruidos y ya, a la altura adecuada, fue fácil desatrasar los pestillos; un halón hacia delante y la portezuela dejó de estar, y en su lugar, el hueco cuadrado, y en la esquina derecha, más bajita, la cabeza de Neri acomodándose para enfocarlo todo, para ver detenidamente este patio o antesala pintada de verde carcomido y los largos bancos de espera, verdes también, desnudos, sin espaldar; Neri no dejó todo aquello porque sabía que en cualquier momento iba a pasar algo de lo cual le tocaba ser testigo, y antes de terminar el presentimiento ya ve allí, sentada en uno de los bancos, a una mujer grotescamente maquillada, mostrando en la flacidez de la piel, los abusos de una vida trasnochada, las piernas cruzadas, la falda encaramada sobre las rodillas, como para que él pudiera examinar detenidamente cómo eran los muslos de mujer, y la indiferencia de él hacia todo esto; la mujer seguía balanceándose, fumando, exhibiendo tristemente el grotesco maquillaje; y ya es mi hora de decir, y me acerco a aquel escombros humano, Belkis, cómo es posible que puedas vivir así? no se te hace insoportable pasar por tantos hombres? Belkis hace un gesto con el cigarrillo, encoge las clavículas con una resignación donde ya no cabe la esperanza; y ya apago mi voz para aquella mujer que presentí mi hermana, y me alejo con un poco de pudor porque sé que Neri fue testigo, que Neri presencié esta voz mía que lo define a él a golpe de palabra; Neri ha

sobrevivido las vibraciones de mi voz y sigue allí, prendido a la ventana hasta el momento en que llega la matrona con 15 mujeres prematuramente maltrechas, y las dirige a la habitación contigua a la antesala hacia donde van desapareciendo todas seguidas de Belkis; la matrona, de una seña, les ordena a los hombres que esperaban en el pasillo, que entren a la misma habitación; el último es un marino americano en una silla de ruedas; Neri ha visto desaparecer a la matrona, ha visto la puerta del cuarto cerrada, y una ventana abierta; valiéndose de la proximidad de los bancos, Neri saltó, atravesó la antesala caminando hacia la otra ventana opuesta, se subió a mirarlo todo: las mujeres y los hombres, desnudos, las mujeres de un lado, los hombres de otro lado, todos boca arriba, acostados en el suelo, haciendo ejercicios de calistenia; el marino lisiado estaba encima de una de las mujeres, entrando y saliendo en ella, de ella, y la mujer, esforzándose por sonreír, forzando una sonrisa; Neri se fue alejando, nada de esto le interesaba; utilizó los bancos para adentrarse de nuevo en su palacio sabiendo que definitivamente, el placer estaría en la compasión: devorar niños, quemar hombres y después llorarlos, dejar que lo invadiera el llanto convulsivo y sentir la paz de sus faldones mojados cuando los hombres empezasen a alumbrar con su grasa, el circo romano

la historia la había hecho el mismo y mismísimo Pedro el Largo y así lo atestiguan una, dos y hasta tres personas, pero algunos decían que todo era cuento de Musaraña y otros decían que si bien era cierto que Pedro el Largo había contado la historia, lo que no era cierto era lo que había dicho Musaraña: que el protagonista de la historia era el mismo y mismísimo Pedro el Largo y ningún otro y nadie más que él, y afirmaba haber oído la historia escondido detrás del espolón del puente en una noche estrellada en que Pedro, sentado sobre la gran piedra del Guaso, le hablaba angustiosamente a un público invisible, sobre el paso del circo por el poblado de Caimanera, instalado cerca de las salinas de El Deseo, por cuyo hecho histórico y relevante, el señor don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca, de origen desconocido, procedió a inscribir a su hija recién nacida, haciéndola nombrar en el juzgado municipal correspondiente, bajo el apelativo de María del Deseo Cabral, aunque en realidad, María del Deseo había nacido en el Pueblo de María la Grande, así llamado en honor a la dueña del prestigioso prostíbulo de María la Grande, sito en el área que todos conocían con el nombre de 'zona;' don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca había pensado en algún momento de su vida, ir al Canadá y adoptar una niña rubia y con ojos azules como lo había hecho el doctor Pavía, con lo cual se había convertido en la comidilla y envidia de toda la Villa del Guaso, pero en vista del gasto enorme que esto representaba, optó por engendrarla él mismo y así vino y llegó al mundo María del Deseo Cabral, hija de madre desconocida y de padre famoso por haber acuñado una nueva forma de saludo: "Carajo del buen día," acompañado siempre por el toque del pulgar de la mano derecha en el ala del sombrero hongo, en señal de elegancia, mientras que con la izquierda se levantaba un poco el faldón izquierdo del frac; con el paso de los años, don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca fue extendiendo más y más su saludo del carajo del buen día, haciendo más corto el intervalo de la repetición hasta que se convirtió en una letanía que fue aumentando de volumen hasta ensordecir a varios ciudadanos que le ordenaron morir y así lo hizo, obedientemente, subiéndose a la cima de una montaña de sal en el mismo Deseo

donde su hija, fiel a su nombre, había provocado, años antes, a varios marineros americanos perdiendo el honor sobre los cristales de sal y donde siguió perdiéndolo muchas veces más; subido en la montaña blanca, don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca, obediente a la orden, se decidió a pronunciar su muerte: "sobre estos cristales, sobre estos diamantes, aquí me reduzco, con mis faldones y mi sombrero;" y se fue achicando y achicando hasta desaparecer; días más tarde, la señorita María del Deseo Cabral, lupanareña, habitante actual de la Casa de María la Grande, fue a recoger, con bastante indiferencia, el certificado de defunción que aseguraba escuetamente que el señor don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca había muerto de inmaterialidad y "así lo certifico para que conste y firmo Juan Pérez, Juez del Distrito;" pero todo esto fue un juego o casi un juego, porque don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca siguió con su saludo del carajo del buen día aunque ya con voz muy apagada, que a nadie molestaba y que salía de partes sueltas, generalmente del pulgar empujando el ala corta del sombrero hongo; Pedro el Largo lo veía todo transparentemente: lo de antes y después y lo de ahora mismo cuando puede padecerse de ubicuidad porque al que no quiere caldo le dan dos tazas y se aparece en este mundo con dos reencarnaciones simultáneas y don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca fue también y al mismo tiempo, Tomás Reynosa; y María del Deseo Cabral fue también y al mismo tiempo, María San José Reynosa; y el Pueblo de María la Grande fue también y al mismo tiempo, el Pueblo de San José del Sur, así llamado en honor al Asilo de las Monjitas de San José; Tomás Reynosa había venido no se sabe de dónde, pero de él se contaban toda clase de crueldades que el pueblo llegó a perdonar a medias porque un día, de la noche a la mañana, decidió engendrar y trajo al mundo a una niña de madre desconocida a la que le puso por nombre María San José, en honor a las santas del asilo; se decía de él que era hijo de una gitana que nació en Colonia, conocida por el apodo de Agriaspensas, casada muchas, muchas veces, buscando siempre el mejor futuro para ese hijo que le dejó Enobarbo, hasta que decidió casarse con su propio tío, don Cojo, convertido ya en ese entonces, en el

más poderoso potentado de toda la comarca; don Cojo lo adoptó, lo llamaba cariñosamente, Reynito, pero algo preocupaba profundamente a Agriaspensas: que todo ese dinero y ese poder de don Cojo se perdieran en seres tan repugnantes como lo eran el hijo y la hija de don Cojo: Britico y Tavita; no había nada que hacerle: se había hecho necesario llamar a Lucumia, perfecta conocedora de todas las pociones venenosas que hasta la fecha se han descubierto, para que se encargara de mandar a don Cojo al otro mundo y así lo hizo, con un faisán relleno de carne de perdices que don Cojo tuvo tiempo de elogiar con gran alegría y agradecimiento, una sola vez y antes de la segunda mordida; Agriaspensas quedó contenta a medias, porque si bien ella hubiera querido poder decir, como decía cuando resolvía algún problema, que "ya estaba el café colado," la verdad es que aún estaban ahí Britico y Tavita, que eran una amenaza en lo de la herencia, y algo había que hacer; esta vez, fue Reynito el que se encargó de resolver el problema mandando a buscar a Lucumia para que despachara a Britico con una de esas pociones que, por variar la escena anterior, ella puso en una perdiz rellena con carne de faisanes que Britico, igual que su padre, pudo elogiar una sola vez antes de reunirse con don Cojo; y para más seguridad, Reynito decidió casarse con Tavita para que su madre pudiera decir de una vez por todas, que ya estaba el café colado; con el andar del tiempo, Agriaspensas empezó a envalentonarse y a querer mandar en todo, y Reynito decidió despacharla también montándola en una tartana que pensaba hacer hundir en plena mar, pero el barquero, confundido y sin poder creer que el nuevo potentado le había dado la orden de matar a su propia madre, la paseó y le cantó bajo la luna como hacen los gondoleros de Venecia y se la llevó otra vez a la orilla, sana, salva y más fuerte que nunca; desesperado con la visión de Agriaspensas, Reynito mandó a buscar urgentemente al enanito Centén para que de un cuchillazo le hiciera un hara kiri a Agriaspensas, lo cual procedió a cumplir Centén cuando Agriaspensas echaba la última orinada de la noche como le gustaba hacerlo, de pie, en medio de dos matas de jazmines, apareciéndosele con una tremenda navaja de afeitar e inclinando la cabeza hacia atrás para gritarle: "esto te

lo manda Reynito;" y antes de dar el tajo, oyó la voz que venía de arriba: "pica, pica pues, en este lugar, para erradicar toda huella de ese monstruo," y hablando así, solemnemente, le señaló el ombligo; el enano Centén al obedecer el mandato, vio salir por el vientre abierto una enorme rata que le comió en un abrir y cerrar de ojos, gran parte de la cara; Centén salió huyendo dando alaridos y se juró entonces y para siempre, que jamás volvería a tocar un criadero de monstruos; tres años después de la muerte de Agriaspenas, encontraron a Tavita muy temprano en la mañana, muerta en el jardín; aunque llovieron cartas y tarjetas de pésame de toda la comarca, se sabía y lo sabían: esta muerte era obra de Reynito, pero nadie puede acusar a un potentado y siguieron riéndole sus gracias, aplaudiéndole sus dotes de actor, estimulándolo a seguir aprendiendo del Filósofo que era tan estoico, que era tan bueno, que era tan sabio, que era tan inteligente y que cuando siguieron las alabanzas Reynito no pudo aguantar más y obligó al Filósofo a suicidarse abriéndose las venas entre las dos matas de jazmines donde tantas veces había orinado su madre, Agriaspenas; hasta que un día, hastiado con el aburrimiento de la vida, le prendió fuego a todo y salió por el mundo con el circo que se había comprado, y por amor al arte daba funciones de gratis varias veces al día, desde las tres de la tarde hasta las ocho de la noche; todo esto se decía de Tomás Reynoso, aunque saberse, saberse a fondo, se sabía solamente que había aparecido en aquel Pueblo de San José del Sur donde un día se le ocurrió engendrar a María San José Reynoso, de madre desconocida, que creció en el buen camino y terminó siendo monjita en el Asilo de San José y modelo de virtudes; no lejos del asilo estaba el circo de Reynoso al que cada vez asistía menos gente porque se había convertido todo aquello en algo sádico y obsceno; le dio a Tomás Reynoso por contar que a un hindú de piel muy clara aunque no blanca, le hicieron una operación en el hospital de San Agustín y que el hindú se asustó tanto creyendo que le habían cortado el pene, que cuando volvió de la anestesia, en el mismo cuarto de recuperación y delante de todo el mundo, se agarraba el pene desnudo y con alegría desesperada decía: "está ahí, está todavía

ahí, está entero," y con ese cuento del cuarto de recuperación que a Tomás Reynoso le gustaba referir en la función de las ocho subido en la cola de un caimán y vestido de toga, se agarraba y se movía el pene hasta que ocurrían cosas extrañas que hacían llorar de terror a los niños y a las ancianas hasta que un día, un grupo de soldados respetuosos de los infantes y de las mayores, le dieron un golpe de estado en pleno circo, en plena función de las ocho, y él decidió suicidarse dejándose tragar por el caimán, pero no puede verificarse si fue o no una muerte absoluta porque a los pocos días una anciana llegó llorando a su casa diciendo que alguien le había hecho un cuento indecente de un hindú en un cuarto de recuperación y entonces, y entonces, todos supieron; lo que nadie supo es que de estas reencarnaciones múltiples, el único que tuvo conocimiento fue don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca quien decidió ignorar a Tomás Reynosa y a María del Deseo y se quedó con la congoja de no poderse comunicar con su alma gemela, la de María San José, y en señal de luto, caminó kilómetros hasta llegar al Guaso, se quitó el sombrero hongo, escondió la cabeza entre sus manos apretándose las sienes y empezó a llorar mientras oía salpicar el agua; apenas habían pasado unas semanas cuando le celebraron el juicio a Musaraña, un juicio popular en el cual se le exigía que presentara pruebas concluyentes sobre la identidad de Pedro el Largo, allí presente, y su relación con las reencarnaciones múltiples, y de no hacerlo así, se le condenaba a morir pronunciando su propia muerte; Musaraña comenzó diciendo que había pruebas concluyentes: Pedro el Largo había dicho que don Juan Ambrosio Cabral y Montes de Oca, así como también Tomás Reynoso, eran de origen desconocido, pero él se sabía sus vidas tan bien como la suya propia; y además, Juan Ambrosio se había ido a llorar al Guaso como tantas veces lo hacía Pedro el Largo; ante la mirada amenazadora de los que lo rodeaban, Musaraña se retractó, les dijo que él no tenía imaginación para inventarse fórmulas de muerte y que repetía a continuación y bajo juramento, las palabras textuales que Pedro el Largo pronunció aquella noche estrellada: "empiezo a confundir viejas y tomates, enredaderas y paraguas; los seres humanos

olemos el miedo, como los perros; hoy quiero dedicarme a respirar el tiempo; no puedo pensar claramente si no me tomo un par de Anacines: es como si tuviera en la cabeza algunos trozos de dolor en embrión; soy un chivito no perentorio y quitasol; soy la cotorrita de colores de crisantemo; esos enanos van a montar a tres pericas; Torcuata Remembrada, Eusebia Limón, las toticas moras son muy cerradas; soy Mondonguito Tribilín; no sé si arrancarte un diente, los espejuelos, o tres pelos de donde más te duela; como pezones de chivas, mulas y piedras encendidas; pour sauter du coq à l'âne, por saltar del gallo al asno o por cambiar de tema, je m'en fous dans une incongruité, me jodo en una incongruencia, tous les jours, todos los días, comme dans un coup de foudre, como en un golpe de rayo; desde su escondite en los armarios, salieron volando e invadieron las catacumbas; y después de todo, recordar aquella cucaracha que por tantos años vivió prendida en el hueco del sobaco y enfrentarse al descubrimiento de que las hormigas de Africa del Sur se apasionan por las yemas de huevos;" y siempre recordaré, Chachita, cuando tú estabas dormida y yo te preguntaba cosas absurdas y tú me contestabas tan seriamente y con tanto esfuerzo, sin despertarte: dónde crees tú que estás, en un maizal? no, estoy con los árboles, pero los boté; y por qué los botaste? porque no saben hablar; y qué quieres que digan? que digan "mamá;" y quién llenó el cuarto de pollos? el viejo de la esquina; y qué viejo? el viejo que tiene el bastón; y así, Chachita, me divertía yo horrores contigo y me olvidaba de esas cosas monstruosas que había en mí, porque no hay crimen mayor que la tristeza, porque no hay monstruo mayor que la falta de alegría, y fíjate, Chachi, que desde que era chiquita, en aquella época en que atisbaba por los huecos de las casas para descubrir aventuras, ya supe que estaba ahí la tristeza y me preguntaba día a día, te juro, Chachi, que día a día, que cómo sería estar en la piel de otra persona, que cómo sería habitar un cuerpo y una mente que no tuviera tristeza; y cuando me sentía torpe ante ti, me entraba esa inseguridad y ese silencio tan negro que tú temías tanto y que yo temía también porque no podía salir de él; hasta que un día que viniste tan cansada de Manhattan y yo estaba en uno de esos silencios, tú me

pediste casi llorando, que no te rechazara y entonces comprendí que el daño que te hacía y que me hacía, tenía que terminar y traté y creí haber cambiado aunque no sé si lo notaste, Chachita, porque nunca me lo dijiste, pero de que creí haber cambiado, sí lo creí, y eso, Chachi, te lo juro; y al fin y para su descanso, Musaraña oyó la decisión del tribunal popular que lo había sometido a juicio: "en vista de que se ha concretado usted a señalar el pensamiento, palabra y obra normales en Pedro el Largo, lo dejamos libre, señor Musaraña, para que siga deambulando por las calles, sin rumbo"

## OLLANTAITAMBO

el amauta dice mi historia que nunca pasó a los quipus; su boca sin nudos suelta un eco de palabras que se escapan al quipucamayú, porque han de quedar en el aire para ser transparentes como las moléculas de mi cuerpo que golpean sin peso la atmósfera andina; cuando estoy fuera de la voz del amauta, me acerco por momentos a la piedra cansada, sentada en su enormidad, llorando todavía su imposibilidad de subir hasta el Cuzco para integrar su fortaleza; llego hasta la punta de la Sierra que yo conocí cuando le llamaban Uillacanuta, y recorro suspendido, todo el perímetro piramidal; dejé mi esclavitud, enterré para siempre el oficio de yanacuna; mi habitación es el espacio abierto y mis caminos, las corrientes del Apurímac y el Urubamba; pero el amauta dice que soy leyenda, y rodeado de su auditorio me atrapa en su voz, me limita a su sonido: "cada noche, desde hace tantos siglos, en el valle de Ollantaitambo, envuelta en su manta, sentada en la humedad de la tierra, la india espera la llegada de su amante, como la madre noche le prometió; lleva en sus brazos un niño de luna, que busca en las estrellas, los ojos de su padre, el Cervatillo Veloz, como ha aprendido a hacerlo en la eternidad de sus diez meses, alimentándose de la letanía atrapada apagadamente en la garganta de la hermosa india: niño, mi niño, que en tus ojos se posen las estrellas para que la luz le sirva de guía al que hoy lloramos en ausencia; pero cuentan los indios de las aldeas, que han visto el poncho y las sandalias en el cuerpo transparente hasta confundirse con la neblina, la silueta diluida del Cervatillo Veloz que se les acerca, y cuando le hablan, las voces lo hacen desaparecer, las miradas lo hacen huir en busca de su india que le robó la noche; y cuentan que una vez, ya oscurecido, vieron su figura en la penumbra, siguiendo la mancha diluida de una luz que se adentró en el valle de Ollantaitambo; allí, sentada, protegida en su manta, aquella mujer, y el niño; el indio, aún a distancia, dejó escapar su lamento: deja que mi eco te toque, hermosa india, apaga este

andar que se hace cansancio, tú llevas en tus brazos el beso de nuestras bocas y yo llevo en mi piel, el zumo de tu cuerpo; pero cuentan que cuando la hermosa india intuyó su voz y quiso buscarlo, su mirada sólo llegó a abarcar el gran vacío de la noche;" y ya el amauta me suelta de su voz y puedo ser neblina en los picos nevados, rocío en las mañanas de los valles, frescura veloz en las corrientes del Apurímac y el Urubamba; nostalgia eterna en la noche cerrada del Ollantaitambo

su nombre era Juan Lucumí, africano libre en ese año de 1784, con 34 años de edad y marido de la esclava Gonzala Lucumí, del Ingenio Felicia; ya estaba avanzado el año y desde junio le había dado al síndico de Santa María del Rosario, quinientos pesos para acabar de comprar a la nombrada Gonzala que era negra coartada, que desde hacía años participaba en el sistema de coartación y había dado una cantidad inicial para auto comprarse y había podido seguir pagando porque gozaba de los privilegios de coartada y no se le podía subir el precio con el que inicialmente se había valorado a su persona y además, si otro patrón la empleaba, le daban a ella un poquito de sueldo que ella reunía religiosamente para romper cadenas, como decía; pero el tiempo pasaba y Gonzala Lucumí seguía sin su carta de libertad, metida en el barracón de los esclavos, en el caserón rectangular cerrado por la noche tan herméticamente para evitar el escape, y en los días de luna, sus ojos ávidos se pegaban a las paredes astilladas buscando hendijas para ver la luz de la madre luna que en algún rincón del mundo estaría alumbrando a Juan Lucumí; sabía que la luna llevaría sus rayos hasta Santa María del Rosario donde estaba Juan, apostado día y noche frente a aquella puerta, recordándole al síndico, yo, quinientos pesos, libertad, negra coartada, Gonzala Lucumí; pero siempre el silencio para su protesta que se hizo ronca y se fue culebreando por la atmósfera hasta los oídos del gobernador quien muy fácilmente se dio a la tarea de ignorarla; además, como los antiguos amos tenían derecho a disponer de la vida de los libertos, se le prohibió a Juan Lucumí que se acercara al Ingenio Felicia hasta que se hubiera dispuesto sobre el caso y no supo Juan Lucumí que le nació un hijo y que gracias a la misericordia del pardo Calisto que custodiaba el barracón, pudo salir Gonzala con su niño una noche y ofrecérselo a la madre luna; pasaron años y Juan Lucumí siguió apelando a Sociedades de la Raza de Color: La Igualdad, La Luz, La Amistad, Las Hijas del Progreso; apeló a periódicos y revistas para reclamar su derecho, y ese grito suyo con el que llamaba a su mujer, apareció en "Minerva," la revista quincenal dedicada a la mujer de color; "La Antorcha" de Trinidad; "La Fraternidad;" "Aurora del Yumurí;" apeló también al Cabildo Congo, al Cabildo Arriero de Nación Gangá Mongoba y a otras

agrupaciones que bajo el nombre de Cabildos conservaban núcleos de cultura y religión de las distintas regiones de Africa; invocó a los Orishas, les hizo las ofrendas con las que creía contentarlos, pero una noche de batá, el ritmo fuerte de tambores le retumbó en el pecho y la luna asomada en el batey lo vio llorar porque había leído horas atrás y muy claramente, el caso de María Josefa de la Luz Hernández y el expediente promovido en 1802 para evitar su casamiento porque se sabía que aunque tenía la piel blanca, era descendiente de la mulata Rosenda Neyra, rica y riquísima dueña del Ingenio de Nuestra Señora de la Candelaria y la familia de su novio blanco impidió la boda porque mulato que se carga de oro mulato se queda y mulata se quedaría María Josefa de la Luz y esa mulatería no va con familia criolla blanca, eso sí que no, y por eso, contra ella, el expediente; sí, Juan Lucumí, convéncete, que los poderes oficiales que se le plantaron delante a María Josefa de la Luz, se te plantaron a ti también y un buen día te dirán que tu reclamo ya perdió vigencia y que tienes que empezar otra vez porque el síndico no recuerda haber recibido 500 pesos; convéncete, que pueden seguir pasando años y tú trabajando de pailero en un ingenio o en alguna factoría de tabaco en calidad de torcedor, escogedor, despallador, haciendo vitolas, panetelas o lo que le mandaran a hacer con las distintas hojas de tabaco: la dieciochena de Vuelta Abajo o la dieciseisena o la diecisietesena o la octava de Remedios y saltar de H. Upmann a Gener y de Gener a Partagás y de Partagás a Trinidad y Hermanos y trabajar en chinchales con esa dotación extraña que incluye chinos, yucatecos, negros esclavos o libertos y apurándose, apurándose siempre para producir las trescientas medias brevas de reglamento cada día, sin que lo consuele ya la voz del lector en su hora de lectura por la mañana, en su hora de lectura por la tarde, hasta que decidió un día romper la libreta donde se asienta su deuda perenne a la compañía y se escapó en una enorme calabaza llena de velas encendidas, navegando el Cauto en corriente contraria, hacia el Este, envuelto en un manto azul para honrar a las dos orishas de agua: Oshún y Yemayá; ya en Oriente, se dirigió a la Sierra, escaló los 6,560 pies hasta el tope del Turquino para hacerse neblina, condensarse en nubes y caer en lluvia fina sobre la enorme piedra del

Guaso; era un 8 de septiembre y Pedro el Largo estaba sentado en un taburete, recostado de la pared, en un corredor que da a la calle, viendo pasar las procesiones y festejos que se celebraban para honrar a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre como se celebraban en la Habana ese mismo día, las fiestas de Nuestra Señora de Regla; poco a poco se fueron llenando los dos bancos del corredor con otros espectadores que habían traído para animar la espera, unos buchitos de café comprados en el Petit Miami, servidos en minúsculos vasitos de papel, tan pequeños que parecían dedales; la conversación recayó inevitablemente en las dos Vírgenes, orishas de agua, y poco después, en la leyenda de Juan Lucumí, navegando el Cauto en la calabaza de la orisha Oshún, Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de nuestro pueblo; envuelto en un manto azul, color de Yemayá, orisha de la bahía de la Habana, Virgen de Regla; Pedro el Largo se tomaba con firmeza su buchito de café cuando oyó la pregunta, y tú, Pedro, qué crees de esa leyenda de Juan Lucumí, navegante del Cauto? Pedro el Largo apretó los dientes apresando el vasito de papel antes de retirárselo de la boca y comenzó a llamar a gritos a Gonzala Lucumí, nombre desconocido para los allí presentes y a hacer juramentos angustiosos, también a gritos, en los que aseguraba haber entregado 500 pesos, juramentos que nadie comprendió pero que tampoco trataron de comprender en ese día en que lo importante eran las procesiones y festejos; Pedro el Largo sintió como tantas veces, un deseo irrefrenable de desaparecer y se alejó apresurado, hacia el río; sobre la gran piedra, con los brazos extendidos, lanzó su voz solitaria: "pesa numérica, incógnita esperanza, destino embotellado, mesa violentada, estado hirsuto, sorprendido virgo, labio de voluta, incipiente marsupial, bolsa acangurada, lunario entrecortado, rebelde vegetal, visión reptaria, acongojada intención, remunerada beata, sonido saltador, cadena escapatoria, memoria trigal, laberinto sumergido, espacio mordedor, distribuida peripecia, calmante redentor, consagrado epistolario, incisión verbal, cadena escapatoria, escapatoria, escapatoria" había pasado horas allí, de pie sobre la piedra, con los brazos en cruz, antes de darse cuenta de que todavía era y estaba allí, tan vivo como siempre; nadie lo vio durante los ocho días de las celebraciones y en el

noveno día, cuando ya el pueblo empezaba a preocuparse, un campesino que había venido a hacer compras, vestido de guayabera blanca y sombrero de Liborio, aseguró haberlo visto pasar por su bohío, hacia las montañas; y eso es lo que hicimos incansablemente en México, Chachi, subir y bajar pirámides en aquel año de 1976, cuando el avión nos aterrizó en la ciudad del Fiesta Palace, del Palacio de Chapultepec, la Iglesia de San Francisco, el Zócalo, Las Lomas, donde Beto, el guía, nos asegura que están las casas de Dolores del Río, Frank Sinatra y Marlon Brando; al día siguiente, con Enrique, en Tula, Tollán, pasamos el muro de serpientes, calaveras talladas, el águila con el corazón en la boca; los Atlantes guardando la tierra de toltecas, nos asomamos al misterio del Chac-Mool, al trazo cambiante de Quetzalcoatl; recuerdas, Chachi, el Monasterio de San Francisco Javier en Tepotzotlán? desde el balcón del restaurante del segundo piso, veíamos el patio de enredaderas y tinajones; nos dedicamos al almuerzo de consomé de pollo con aguacate, bisté tampiqueño con frijoles salpicados en queso, un taco, flan y café de olla con canela; en Xochimilco, la lluvia de granizos golpea la lancha vestida de flores y una indita en su canoa busca refugio entre lancha y lancha; ya en la habitación 1210 del Fiesta Palace, sigo el consejo de Enrique: tómese unas aspirinas y dése una ducha caliente para que se saque de los huesos el frío de tanto granizo; ya en la cama ancha, hicimos el amor sin que me hubieras anunciado lo que ahora sé que entonces era, Chachi, el sacrificio de tu permiso y fui a ese momento con un vago intento de sellar algo que yo misma no sé que era, y al salir de ese momento, me puse una sonrisa que en el fondo estaba llena de preguntas y vacío, porque sabía que no habíamos logrado salvar tu alejamiento que nació tal vez de la protuberancia de mi vientre, del desorden de mi ropa, del desorden caótico que siembro en nuestro apartamento, de mis silencios insoportables, del rechazo que sentías hacia tu madre y que fuiste extendiendo hasta mí; en la televisión comentaban que la princesa Ana se cayó del caballo y anunciaban el resultado de los juegos olímpicos; Oaxaca, Mitla, Monte Albán, Villahermosa, Palenque, la Venta, Mérida, Kabah, Chichén Itzá, Uxmal, el paraíso de Cozumel, habitación 410 del hotel Presidente, la arena fina, la vastedad del mar

y un sonido de palmas y olas; a la hora de cenar, bajamos al único restaurante del hotel que parecía salido de una de esas películas de la década del '40 donde predominaban los ambientes lujosos en los que se movía el enjambre despreocupado, sans souci, o preocupado solamente con su trama de pasiones, ajeno a la pobreza, a la cuestión social; las paredes del restaurante, todas de cristal con vista hacia la playa, hacia la vastedad de arena y mar; el salón iluminado con velas gigantes, repetidas, en colores distintos, acumuladas cerca del piano, en una plataforma alta desde donde irradian su aire misterioso, como si fueran monjas amontonadas echando una luz casi viva de rezos ondulantes sellados en su silencio; el trío acompañándose de guitarras toca canciones románticas hasta dar paso a un solo de piano como esos que salen en las películas representando algún quejumbroso rincón de New Orleans; delante de mí, el maître d'hôtel, pequeño, flaco, aceitunado que bien podría interpretar el papel de oriental malo, diestro en el manejo de la daga misteriosa, clavada en la espalda cubierta por un saco de dril blanco, en alguna película de Sidney Greenstreet; hace el gesto de tomar la orden, lapicero y bloque en mano, labios sellados por una mueca recta, horizontal, rígida; cada día, un enorme desayuno en el hotel y después, al paraíso, a las aguas azul-verdosas, transparentes para que podamos ver las piedras del fondo; al tercer día, excursión a Robinson Crusoe; abordamos la enorme lancha motor, varias horas de recorrido y a mitad del camino, tres hombres equipados con lanzas se echan al mar y el gordo que maneja la lancha explica, van a traernos el almuerzo; la lancha espera, motor en marcha, mientras los hombres traen toda clase de pescados, gran cantidad de caracoles enormes de concha rojiza; en el mismo lanchón lo preparan y lo limpian todo; al llegar a Robinson Crusoe, nos bañamos en el mar mientras un hombre cocina en anafes de carbón, en calderas, todo aquello que sacaron del mar, con lo que hacen una especie de enchilado de mariscos como los que se hacían en Cuba; después de nadar, nos acompaña el hambre a las mesas rústicas bajo un techo de yaguas; al cuarto día vamos en taxi al centro de Cozumel después de negarme a tu proposición de que hiciéramos el recorrido en motocicletas alquiladas; caminamos las calles, el pueblo lento como si se

arrastrara; una serie de kioscos, en uno de ellos, un hombre exhibe enormes quijadas de tiburón; hablo con él esperando que me diga aterrorizado, lo peligroso de su oficio, pero él, como si nada, mire, casualmente mañana salgo a cazar tiburones, quieren venir? muy amable, pero no, gracias, y seguimos caminando y decidimos alquilar un vehículo de dos bicicletas paralelas pegadas a un vagón; sensación de libertad, escogemos a capricho cualquier rumbo, nos detenemos a cenar en uno de los restaurantes, el que nos parece más aceptable; en el interior, la inutilidad de tratar de espantar las moscas que se posan en el mantel, las servilletas, los cubiertos; pedimos un plato que no reconocemos y que resultó ser un bisté de jamón empanizado, grasiento, que nos disponemos a comer con la ayuda del hambre, hasta que veo en tu rostro una expresión de asco al oír crujir algo bajo el cuchillo, una cucaracha frita escondida en el empanizado del jamón; el camarero hace un ademán rápido hacia atrás, gesto de asco, se disculpa, no les cobraré por este plato; y me sentí culpable por años, por muchos años, Chachi, por no haber podido evitar esto, por no haber sugerido, vamos a cenar en el restaurante del hotel donde una cosa así no hubiera sucedido, y aun hoy que no sé a dónde estás o si estás en algún sitio, apenas puedo perdonármelo, te lo juro, Chachi, te lo juro; nos marchamos sin comer, sin ver el acuario; desde el cuarto del hotel pedimos un sandwich de pavo que nos llega mal hecho, con pan viejo; decididamente, no he podido acertar en nada y siento un poco de vergüenza ante ti; al día siguiente, a las 2:00 de la tarde, el vuelo 251 de Aeronaves de México me aleja de Cozumel con la casi certeza de que te has quedado atrás, en la transparencia del agua, este 5 de agosto

## HUNG-WU

qué importa que me llamen Hung-Wu, seguiré siendo siempre el humilde Chu Yuang-Chang; en mis sedas de emperador, recorro los caminos del campo, regreso a mi andar de mendigo, soy monje budista, soy el humilde campesino en esta hora del té, sentado entre almohadones en mi salón de emperador, a la hora en que me canso de las cabezas inclinadas hacia mí, la hora en que permito a Hui-ti asomar la cabeza por detrás del biombo mayor, para espiarme coquetamente, para complacerse en jugar conmigo sin acercarse, sin hablar, dejando escapar de mi vista, su cabeza niña cuando asombro un poco los ojos como si lo descubriera por primera vez; Hui-ti seguiría jugando eternamente, Hui-ti, el incansable; pero ya un desgano por el juego va trepándose en mi barba que reposa al nivel del vientre; me da alegría el movimiento de Hui-ti acercándose para sentarse frente a mí; Hui-ti, sé que bien quisieras oír de mis labios las historias fabulosas que los abuelos cuentan a niños como tú; pero es mi hora de callar, de comunicarte sin palabras mi visión del universo; percibe mi pensamiento en esta hora de meditación: algún día, Hui-ti, seguirás la estela de esta dinastía de luz que he fundado en Nanking; algún día, Hui-ti, te asombrarás de haber compartido un pocillo de té con este viejo que para ti es el humilde Chu Yuan-Chang y para otros, el T'ai-tgu del templo, el Hung-Wu de nuestra dinastía; contigo, ahora, soy este viejo que se pregunta en qué he fallado, por qué he fallado; he propagado la palabra de Confucio: la hermandad, el respeto a los mayores, a los antepasados, la paz, la instrucción de los niños; y ya ves, siempre fui un abstemio riguroso; pero me asalta la sospecha en momentos que han de ser de beatitud, creo oír una ofensa velada contra mi persona y desato mi mano de hierro y ordeno el castigo brutal; y ahora, Hui-ti, hijo mío, no temas la aparente rigidez de mi cuerpo, me proyecto astralmente, adiós, Hui-ti, y ya entro en el espacio atravesando siglos, seis siglos, y no llego a ver el nombre, Chaf, Chaf; estoy sentado detrás de un escritorio, dentro

de la piel de una mujer; líneas de carcelarios se van acercando, y yo pregunto, cuál fue el crimen, cuál cárcel, de qué religión, y ya el día avanza y continúan los interrogatorios hasta que se sienta frente a mí, el hombre de piel azabache, de brillo maléfico en la mirada; de un brillo que se proyecta velozmente desde los casquillos de plata que calzan sus dientes; me atemoriza su presencia, su risa maléfica y la voz con que se define: soy palero, en el pecho estoy rayado a cortes de cuchilla y mi acción se cumple en la tierra de los muertos, cuando los arranco de sus tumbas y pacto con el diablo; escribo en letra extraña la historia del palero mientras hago un esfuerzo por salirme de esta piel, de regresar; por un acto de voluntad, me proyecto, estoy ya en el cosmos, en el espacio, atravieso los registros akásicos a los que no debí de haberme adelantado; todo está bien, todo estará bien cuando regrese al palacio de Nanking y el brillo de los casquillos de plata no me quemé las pupilas; ya veo el contorno de las viejas casas, el salón imperial, voy entrando en mi vieja piel; la sensación me va volviendo a las manos cuando siento los pequeños dedos de Hui-ti: "abuelo, abuelo Chu Yuan-Chang, es malo ese brillo en tus ojos?" "no, Hui-ti, es el mismo brillo del té, es el brillo que ha saltado del pocillo de té"

Pedro el Largo lo pensó un rato y por fin se decidió e hizo lo que tenía que hacer; se dirigió al parque, subió a la tarima de madera traída allí para aquel propósito; se acercó al micrófono y lanzó una voz que parecía un lamento: "no estoy aquí para informar, estoy aquí para decir que los Emperadores Hijos del Cielo duraron cientos de años y no voy a asegurar que yo fui uno de ellos pero sí digo y afirmo que jamás fui como los Shang, que exigían que a su muerte mataran a hombres y caballos para que les sirvieran en el más allá, y también digo y afirmo que estuve con muchos de ellos como una sombra y los aconsejé y les hablé sin que ellos comprendieran mi transparencia porque nunca me molesté en explicarles que yo era un espíritu más de los tantos en los que ellos creían y que como tal podía estar a la vez en todos los tiempos y en todos los espacios, y con mi voz sin cuerpo advertí al último Manchu, Hsüan-T'ung en el mismo año de 1909, tú con tus tres años, no entiendes nada, P'u-yi, te quitan el trono y lo veo, y quedarás en esta Ciudad Prohibida, preso en una jaula de oro, pero suceda lo que suceda, seguirás pensándolo, que nuestra raza es la más avanzada, nuestra nación, el centro del universo, y que somos en todo, superiores a los bárbaros occidentales, pero ya lo sabrás, P'u-yi, que Sun Yat-Sen, con su revolución, aniquilará a los Manchu y se quedará en el Sur, dejándonos en el Norte a estos Señores de la Guerra, y todo, para morir este Sun Yat-Sen en 1925 y que se hiciera sentir Chiang-Kai-Shek espantando a japoneses y comunistas, implantando su república que le durará hasta 1949 donde todo se desaparecerá bajo el título de Popular; y ahora lo digo y lo repito, que un Liu-Pang inició la dinastía Han sin ser aristócrata y que al nacer él, mucho antes de nuestra Era, nos dijeron que había sido concebido por un rapto amoroso que tuvo su madre con una deidad y esto, quién podía comprobarlo, pero sí vimos, eso lo vimos todos, un dragón merodeando el espacio, sobre la cama que lo vio nacer; y he aquí lo que nunca hice: quitarle la vida a la mujer que me fuera

infidel ni al hijo desobediente; y he aquí lo que sí hice: aun a pesar mío porque no es ésa mi naturaleza, uní a mi vida a varias esposas y concubinas; tuve hijos como me aconsejaron, para no ser un fantasma hambriento después de mi muerte, sin nadie que me pusiera un plato de comida, aunque he de confesar que el hambre me persigue hasta ahora, en esta tierra, porque hay partículas profundas de mi ser que no se sacian con pozuelos de arroz, y muy a pesar mío, sigo este destino que parece ser el de conocer todo lo que no me será dado; el de saber que todo está ahí y que existe, pero no a mi alcance ni para mí, aunque no recuerdo haber hecho mal, porque cada vez que moría, los familiares que quedaban vivos amarraban bien mi cuerpo a la cama hasta el momento en que se aseguraban de que mi espíritu se había desprendido, porque sabido era y bien sabido entre nosotros, que de no ser así, el cuerpo muerto en el que se había quedado el espíritu escondido, se convertía en zombie capaz de cometer actos malignos; y cada vez que me nacía un hijo, envolvíamos al recién nacido en los pantalones viejos de su padre, que era yo, para transmitirle la sabiduría de mi experiencia ya vivida, y siempre que fuera varón, íbamos al pueblo a comprar huevos frescos y pintura roja y celebrábamos el nacimiento ofreciéndoles a los amigos que venían a conocer al recién nacido, un huevo teñido de rojo, y siempre que fuera necesario, le tapábamos la cara al niño para que los espíritus envidiosos de nuestra felicidad, no le hicieran daño alguno, y ahora yo, como Presidente General y Absoluto de la Liga contra el Mal y Otras Cosas, declaro que he convocado a mitin;" pero en ese momento se desapareció Pedro el Largo y la tarima y el micrófono, y días después comentaba la gente que Pedro el Largo y su público estaban allí, a la vista de todos, en la apertura y en el cierre del discurso, y que en la apertura empezó a hablar de lo que parecía ser su pasado chino, mencionando a su antojo emperadores y figuras políticas entre las que reconocimos todos a un tal Chiang-Kai-Shek que ya habíamos visto nombrar en la revista **Bohemia**; y eso fue todo lo que necesitó oír el Musaraña para decidirse a presentar su caso definitivo contra Pedro el Largo; se sentó en un banco del parque, cerca de la estatua del héroe y comenzó a apuntar a lápiz en

unos papeles sucios y arrugados que había recogido por la calle: aquí afirmo y aseguro que Pedro el Largo desapareció del parque en pleno discurso y siguió hablando por los aires seguido del vuelo de algunos de los seleccionados por él entre su público, con los que atravesó el espacio en formación triangular, Pedro a la cabeza, de ápice, seguido por una línea de dos elegidos, seguidos por una línea de tres elegidos, seguidos por una línea de cuatro elegidos, seguidos por una línea de cinco elegidos que servía de base al triángulo; en el vuelo, les iba transmitiendo a los catorce seguidores, sin hablar, algo de unas dinastías, y de la última dinastía en la que insistió largamente, y la costumbre de los del Norte de comer ajos envueltos en pan y la adicción de los chinos al opio, y muy clara y claramente dijo sin hablar: "todo eso fui y soy múltiplemente; soy la niña de trenzas, de seis años, la guaseña solitaria que vigila a los chinos de la fonda de Caimanera cuando fuman opio y soy también uno de los fumadores de opio a los que ella vigila en esta época en la que todos hemos esperado desde hace tres años, la llegada al Fausto, de **Lo que el viento se llevó**, en esta época en la que nos seguimos riendo a mandíbula batiente con la argentinísima gallega Catita, y un poco forzadamente, con Luis Sandrini, en esta época en la que lloramos agitada y calladamente, con Libertad Lamarque; y a ustedes, mis catorce, se lo puedo decir porque me comprenderán: que minutos y pulgadas, años y kilómetros, progresan, regresan, se dispersan, se abrazan, se entrelazan;" el aire se hacía cálido con la fricción que generaba la velocidad de las quince flechas voladoras, Pedro de ápice, y en la base del triángulo volador, cinco de los catorce guaseños escogidos por él; los treinta ojos pasaron pueblos, ciudades, ríos, montañas vastísimas, extensiones de mar, pero no se concentraban en percibir nada, atentos siempre a la guía telepática del que ahora llamaban en secreto, el Verdadero Hijo del Guaso, por una leyenda que se hizo indetenible: había nacido allí, entre las aguas, desde las aguas, por las aguas y en ellas mismas, al ser lanzado de un extraño retrato que lloraba, y a este guaseño Verdadero, había que seguirlo hasta el fin del mundo; algunos relámpagos alumbraron el punto de llegada como las luces que iluminan las pistas de aterrizaje;

la voz del Verdadero estremeció algunas nubes con su trueno: "hemos llegado," dijo, y al desaparecer su voz, estaban los quince sentados ante un edificio adornado, según creyeron, con luces de Bengala, hasta que se dieron cuenta de que las luces tan intensamente amarillas y anaranjadas, no se movían con la vertiginosidad de las luces de Bengala y para ser exactos, tendríamos que decir que estas luces carecían de todo movimiento aunque sí parecían lamer algunos puntos del edificio para sacar de ellos la oscuridad; se quedaron quietos, extasiados ante ese regalo visual hasta que la claridad del día trajo una transparencia en la que se identificaban palmas, flores, bancos, rejas de hierro: aquello, definitivamente, era un parque; fueron conociendo y sabiendo lentamente, que habían llegado a un país cuyo presidente había caído enfermo y había otro en el poder, sustituyéndolo tal vez, permanentemente; recorrieron la ciudad como se recorre un amanecer o una primavera; fueron al mercado indio, a barrios indios, al famoso templo de Chatsworth, caminaron las anchas calles, llegaron a la avenida del Rey Jorge Quinto y se adentraron en la extraña arquitectura de la Universidad en la que divisaron, corriendo, entre los árboles, algunos monos vervets; contemplaron el puerto escasamente poblado de barcos; se fueron a las Mil Colinas para ver las casas redondas de los zulus; admiraron todo y se regocijaron a cada paso; supieron también que entre el sol, las palmas y la hermosura de paraíso, había brotes de sectas satánicas, así lo decían los periódicos: que habían descubierto una secta satánica de niños escolares; y también lo contó Tina, la india que vende frutas en una camioneta, que ella entró en una casa equivocadamente y vio un cuarto con las paredes pintadas de negro en las que colgaban cabezas de cerdos y de gatos; esto lo dijo Tina y lo afirmó muy claramente, en la calle de Willowvale, en la esquina de Manning y aseguró clara y claramente, que el cuarto satánico estaba en la calle de Umbilo y que una vecina que vive al lado mismo de los de la secta, le contó secretamente, que sus vecinos se dedicaban a matar gatos para tomarse la sangre y a este testimonio se une el de una misionera cristiana, de color, natural de Paarl East, en la provincia del Cabo, y residente de la ciudad de

Durban en una casa ubicada en la calle Evans esquina a Sir Liege, la cual comparte con otra misionera también cristiana, pero blanca; la misionera de color contó y dijo que ella se dedica a visitar hospitales para convencer a los médicos y enfermeras de que traten a los enfermos con amor cristiano y para que curen a cada enfermo no solamente en su cuerpo, sino además, en el alma que está regada en la sangre y corre por las venas y también el espíritu que es un gran vacío que hay que llenarlo de Dios; y repitió lo del gran vacío mientras se daba palmaditas en el estómago como para señalar que ahí es donde estaba el vacío, y se quedó extasiada y feliz con la explicación que había dado de la diferencia entre el alma y el espíritu, y la demostración y prueba final del vacío en el estómago; a continuación y además, inmediatamente, se refirió a una secta satánica de la que ella tuvo noticias, que está ubicada en uno de los hospitales de la ciudad y a la que pertenecen gran parte de las enfermeras y médicos del hospital y que de esto la informó nada más y nada menos que la Jefa de enfermeras de ese hospital y que además, en la ciudad del Cabo hay un grupo satánico que se reúne en la Montaña de la Mesa y lanzan desde allí un haz de energía maléfica para hundir al país, pero estas fuerzas maléficas se equilibran con la energía de las oraciones de un grupo cristiano que se reúne donde está el Monumento a Cecil John Rhodes y desde allí lanzan rezos poderosos que protegen al país; pero a pesar de estos brotes maléficos que se dan como la mala yerba que tenemos que exterminar en todos los países del mundo, a esta ciudad de Durban la hemos clasificado todos, el Verdadero y los catorce elegidos, como una ciudad hermosa y aun más y mucho más: como la ciudad más hermosa que ojos guaseños hayan visto desde el principio del mundo y de los mundos, hasta este año interesante y conflictivo que llamamos 1989; el viaje de regreso fue tan rápido que pasó desapercibido para los catorce seguidores del Verdadero en el triángulo volador y se vieron así, de pronto y como quien no quiere la cosa, sentados en aquel parque de la Villa del Guaso escuchando las últimas palabras de Pedro que salían por el micrófono para meterse en cada oído como si fueran una afilada uña larga: "y aquí termino yo y

toda la multiplicidad de mi ser al que hoy, particularmente, quiero llamar nuestro ser;" Musaraña había escrito un expediente detallado en los papeles sucios y a veces arrugados que había recogido por las calles, una información inventariada encabezada por el título un poco extenso de: "El caso de los que engañan al pueblo diciendo que están en un mitin en el parque y que sin embargo, se van por las nubes en formación triangular en número de quince contando al cabeza o guía al que llaman Verdadero, y llegan a otra tierra en un año que está mucho más allá que éste en el que aún no nos ha llegado **Lo que el viento se llevó** pero que estará al llegar porque ya hace tres años que la estamos esperando; y ese triángulo que yo llamo fenomenal, inaudito y también inaceptable, tuvo el descaro de anticiparse y vivir en el año 1989 y pasarse unos días en una tierra extraña como si estuvieran en una gira de agencia turística y regresar a tiempo, antes de los sesenta minutos que podía durar el mitin porque había que devolver ese lujo del pueblo que es el micrófono alquilado; y de estas actividades inadmisibles a nosotros los guaseños, pedimos cuenta y testimonio al tal llamado Verdadero, que en tono menor, vino al Guaso con el nombre de Pedro Matei;" y aunque el título le pareció largo, Musaraña torció los ojos, hizo muecas repetidas y rápidas para que saliera su alegría incontenible: definitivamente, estaba satisfecho de este documento que había redactado y al que secretamente llamaba Índice Acusador de Todo Fiscal de Valía; en un desborde de satisfacción, señaló el documento que llevaba atrapado en el sobaco como si fuera una cartera ministerial o una cartera de attaché, y le dijo a uno que estaba fumando cerca de la estatua de Periquito Pérez y al que él había reconocido como a uno de los catorce elegidos: "oye, para que te enteres, aquí llevo el caso del Triángulo Volador, así es que prepárate, porque también te toca;" el aludido, que era nada más y nada menos que un primo segundo de Chicho Bota, le guiñó un ojo y se rió en su cara cuando le dijo: "déjate de eso, Musa, tú estás caucando y se te olvidan las cosas, pero cualquier tribunal en el que presentes ese papelucho que llevas ahí, te va a preguntar de dónde sacaste tú tanta información y vas a tener que decirles que tú la sabes porque eras

uno de los del Triángulo Volador, es más, estabas a mi lado, en la punta derecha del Triángulo, y en uno de esos momentos en que volábamos alto y pasábamos por uno de esos océanos muy grandes, yo te miré y las pasas se te habían estirado con la velocidad del vuelo y eso me dio risa y pensé: si las pasas siguen estirándosele al Musa, va a salir de éstas con pelo de blanco;" Musaraña se quedó contemplando al primo segundo de Chicho Bota un poco aturdido, y en ese aturdimiento creyó recordarse atravesando con violenta velocidad, una corriente de aire y notó al tocarse la cabeza, que su pelo aún enmarañado y sucio parecía tener una cierta docilidad y esto bastó para echarle al primo segundo de Chicho Bota, una mirada de despedida antes de alejarse hacia el río con la esperanza de encontrarse con Pedro el Largo y presentarle una disculpa protocolar, y le gustó eso de protocolar, y se imaginó diciendo: mira, Pedro, perdóname, porque esta vez sí es verdad, chico, que te fallé de punta a cabo y de cabo a rabo porque después de todo, tú lo que querías era que viéramos lo hermoso de la vida y también la mala yerba que tenemos que arrancar y querías enseñarnos también que las cuatro cositas que vemos con los únicos cinco sentidos que creemos tener, no es todo lo que existe en el mundo y en estos mundos; y te juro, Pedro, esto, te lo juro, que si alguien me viene a hablar de la limitación de nuestros sentidos y con el cuento de que vivimos solamente una vez, me voy a encojonar bien pero bien encojonado y le voy a decir al que se atreva, oye, chico, qué cuento es ése ni qué niño muerto; pero Pedro el Largo no se vio por todo ese contorno y Musaraña decidió entrar al saó que no era otra cosa que un solar abandonado, con tanta maleza y tan lleno de basura que parecía un vertedero; y allí, agachado, evacuó los intestinos; ya en el río, llamó a Pedro a gritos, pero no obtuvo respuesta alguna; decidió entonces bajarse los pantalones para lavarse bien las nalgas con aquella agua que corría incesantemente; poco después, se quedó dormido bajo un árbol en la noche inmensa, refrescado; y te digo, Chachita, que hicimos bien en ir a Unity Village porque ése fue un viaje en el que yo creí que iba hacia la libertad, hacia la luz; salimos de Ossining en el Pacer amarillo tan casi redondo y tan lleno de

cristales, el gordo, que le decías tú, un lunes 18 de julio a las 7:35 de la mañana por el año de 1977 cuando el Pacer tenía 8,555 millas de edad; al otro día llegamos a Olentangy a las 4:30 de la tarde; pagamos la entrada en la caseta, comenzamos a bajar la profundidad tan húmeda de las cavernas, sólo nosotras dos, sin más turistas, sin más guías; rutas tortuosas que se siguen profundizando, temor, deseos de orinar, los pantalones ya bajos, liberando el cuerpo para que salga el chorro, los dos chorros, el tuyo y el mío, Chachi, que nos hizo reír estruendosamente en el eco de las cavernas; el miércoles paramos en el Ohio Historical Center con su mastodonte de la Era de Hielo, muestras de la historia de Ohio y una cápsula de tiempo en la que escribimos un mensaje que será leído décadas más tarde cuando ya tú y yo estaremos en otras dimensiones; al regreso de Unity Village, fuimos a Hannibal buscando el rastro de Mark Twain; nos alojamos en Hull, en un motel de madera pintado de blanco en el que te dio el ataque de llanto por la tortuguita muerta, por la tortuguita cuya muerte, de cuando en cuando recordabas; sentí una vaga tristeza cuando llegó la hora del regreso; había sentido una casi libertad en ese andar por carreteras; casi desde el principio, se había apoderado de mí la sensación de que la meta verdadera era el trayecto: seguir en un andar incesante, en un viaje infinito, aunque nunca te lo dije, tal vez porque hasta ahora yo misma no lo supe; llegamos a Ossining por la tarde, casi de noche

## PODRIAMOS LLAMARLE VUELO 202

el bar estaba oscuro, ceniciento, golpeando con su oscuridad los colores de las lámparas de Tiffany's que bombardeaban sus colores rojo-rubí, amarillo-amarillo, verde-esmeralda; una de las banquetas, alta, más alta que mis piernas, me mantenía allí, sentada frente a la barra, frente a un Grand Manier que se hacía color naranja y sabor naranja y pasión de alcohol y distancia casi protectora en este año que podía haber sido el de 1920 y era más bien el de 1985 cuando yo era mujer y me alimentaba de zanahorias y verduras que brotaban sigilosamente del asfalto, de las ventanas de algún subway, de los raíles del tren, de la proa de algún barco; salía yo, a una hora indefinida, a rastrear la presencia de alguna hoja, un tallo de apio que detesto, algo que se dijera alimento, y después comenzaba el proceso penoso, inyectarme todo aquello por las uñas, volatilizarlo primero, invisibilizarlo, invisibilizar los carbohidratos, la clorofila, alguna proteína perdida en el pequeño montón vegetal, alimento, que se diga, vaporizado, amaestrado, verlo atravesar el largo de las uñas hasta que se perdía de vista al llegar a las cutículas y sentirlo pasar entonces y eventualmente, al flujo de alguna corriente de sangre; todo esto ocurría siempre en el más absoluto secreto, en la cocina de Sunnyside, en el piso alto hasta donde llegaba la hiedra que subía desde la planta baja para tapar la fachada de ladrillos rematada con ventanas y por donde un día vi volar las hostias que consumíamos aquella mujer etérea y yo; el templo lo formó ella con música de Mozart y Beethoven, con incienso, con unas palomas blancas transparentes, que a la hora de la meditación le cedían el movimiento a la música de Kitaro y detenían ellas su vuelo, quedándose con las alas abiertas en la pequeña sala donde se concentraba toda Lhasa, Potala, y las ropas blancas que nos cubrían, aquellas camisas anchas y lisas y aquellos pantalones anchos y amarrados en la cintura, que nos permitían formar casi perfectamente, la flor de loto; en ese silencio silencioso profundo, la rueda, chakra, estrella, giraba en su

punto de luz en el mismo centro de nuestra frente y desde ese punto giratorio salíamos a elevarnos para llegar al Maestro aunque sabíamos que aún no nos era permitido el encuentro, sólo llegábamos hasta Mount Abu para contemplar desde su altura otras montañas, para dejar que las nubes nos golpearan la cara con su salud, con su liberación humedecida, con su realidad ya liberada, aunque sabíamos que había más, mucho más, en la elevación inaccesible donde no existía la densidad y a donde por el momento, nos era vedada la entrada; con la última nota de ***Silk Road***, volvíamos a nuestra frente, al punto de luz energizado por la meditación y deambulábamos entonces por aquel apartamento de pisos de madera, con su fachada de ladrillos abrazada por la hiedra en el que una vez conté hasta diez ventanas, un largo pasillo, dos habitaciones y varios cuartos más; allí, por aquel espacio dividido, deambulábamos con nuestra ropa blanca y nos decíamos que nos habitaba la luz; otras veces nos sentábamos frente a frente, siempre en flor de loto, y nos dábamos drishti, transmisión de la energía a través de vasos comunicantes invisibles: la mirada; hasta que la energía golpeaba las pupilas y nos corría por el rostro, líquida, intensa, hasta que nos tocaba algún resorte en el chakra del corazón para avisarnos que era la hora de la paz, que podíamos deambular tranquilas, con nuestra ropa blanca, por todos los rincones de la casa de hiedra, por todos los rincones de la casa de ventanas, hasta que en la cocina, sentadas a la mesa de cristal y hierro blanco, tomábamos el té de jazmín que nos ponía una máscara de humo húmedo y de aroma; y todo duró hasta el día en que empezó a deslizarse todo, tan sigilosamente, por las ventanas: la ropa blanca, el incienso, las notas de Kitaro y todas las demás se pusieron en fila, dispuestas en su marcha; creo que todo desapareció por las ventanas del frente rodeadas de hiedra; por allí, tal vez fue por allí también por donde se fue la mirada que retenías en tus ojos, y tu frente de luz, y el gesto suave con el que solías sonreír, porque allí me situaba yo, muchos meses después de la desaparición, a esperar el regreso; era algo intuitivo, era un radar doloroso que me iba llevando hasta la ventana de la derecha y allí me quedaba tan quieta, esperando el regreso con una angustia que

se hacía silencio; vi, literalmente, el mecanismo del paso del tiempo; vi el espacio atravesado por la lluvia; vi la nieve desvalida, cayendo, enfriando todo tal vez a pesar suyo, humedeciéndolo todo con su paso; y vi, literalmente, el no regreso; y vi, literalmente, el momento en que las ventanas y las puertas y las paredes encerraban un vacío; y vi, literalmente, el momento en que la otra voz era sólo el sonido de mi propia voz; y vi, literalmente, el momento en que los pasos que golpeaban la madera, eran el eco de mis propios pasos y nada más y punto y silencio y ausencia, hasta que se fue de mí, sin movimiento casi, imperceptiblemente casi, sin avisarlo casi, el radar doloroso que me impulsaba hacia la ventana, y dejé de esperar; por aquel tiempo, empecé a dar unos pasos torpes, escaleras abajo, en lo que era más bien una estrecha galería escalonada, y en el descanso, a la izquierda, inmediatamente después de la puerta del apartamento, el Erasmo que tantos años atrás había pintado Holbein y que ahora cubría todo el espacio de un enorme afiche que insistentemente anunciaba: Piermont Morgan Library, abril 21 - julio 30; me reafirmaba la mirada de Erasmo: sí, era hora de empezar a andar, era hora de saber que el dolor depositado en el área lumbar como un sablazo que se apoderaba también de la pierna derecha, era un recordatorio de que algo se nos rompe dentro, de que algo se nos rompe, mientras que se nos sigue exigiendo --es la ley del cosmos, es la ley de la rueda del tiempo,-- que continuemos andando, con o sin piezas de repuesto, manteniendo tan cercamente, tan cerca de las ventanas del corazón, un saco vacío; Erasmo estaba allí, con su mirada esquinada puesta allí por las manos de Holbein, cuyo último retoque terminó tal vez, un día en que hacía frío, en que la lluvia caía helada, en que la nieve, enfriaba todo a pesar suyo, humedeciéndolo todo con su paso; fue entonces cuando me decidí al descenso, apoyándome en el pasamanos, asegurándome de que el pie, al descender, no caía falsamente en el vacío; en el tramo más bajo de las escaleras, unos pasos más y ya la puerta de salida; fue entonces cuando comenzó esa búsqueda esporádica, desordenada, desapasionada y casi ajena, en el asfalto, en las ventanas del tren que rugía en el

vientre de la tierra; algo que pudiera recoger sin que nadie viera que en ese gesto tan aparentemente ingenuo de mi mano, se escondía el hambre, esa vergüenza que nos trae el abandono, esa vergüenza que nos trae la desaparición de todo lo que amamos, de todo eso en que una vez fuimos, una desaparición que nos dejó incapaces de encontrarnos a nosotros mismos, porque así sucedió, al regreso de esa marcha asistemática, supe y me di cuenta de que en aquel apartamento, cuando se abría la puerta al movimiento giratorio de mi mano, no entraba nadie; mis pies caminaban escondidos en sus tenis, pero ya no sostenían mi arquitectura interior; allí no había nadie, nada, sólo aquellos manojos vegetales que arrancaba tan secreta y asistemáticamente, la vaporización en la mesa de donde había desaparecido el humo de jazmines y después, absorber todo aquello por las uñas, pero el hambre seguía allí y también el vacío, el saco vacío, tan cerca del corazón; y fue entonces cuando empecé a devorarlo todo: dos cafeteras italianas, una pequeña y otra, con capacidad para ocho tazas, las tablas sueltas de un librero sostenidas por tres columnas de ladrillos, un chinero que estaba, exactamente, en la cocina y desde donde veíamos, a través de las vitrinas, nuestras tazas más queridas, y el bargueño que me regalaste, con su tapa serpenteante, rodante; todo esto entre cuatro paredes, la puerta cerrada y el insólito asombro: la persistencia del hambre; asistemáticamente, en las galerías de la avenida Madison, busqué sin que me vieran, algunas raíces, tubérculos, hojas, detrás de los cuadros de Francis Bacon, de Botero, de las esculturas de More: todo estaba limpio, ni una hoja; volví al asfalto, a las ventanas del tren, a los raíles, sólo para convencerme de que estas formas de vida, tan escasas y tan poco variadas, habían dejado de existir por desinterés, por falta de incentivo; fue entonces cuando me adentré en la estación profunda y esperé el tren, el subway-tren, el subte-sub, subsuelo-tren, subterráneo, y abrí la boca para hacerla enorme, inmensa, infinita, inmedible, incalculable, y tragarme todos los vagones, el primero, con su luz a un lado de la frente y sus letras, IRT, con destino a cualquier parte, de Manhattan a Sunnyside, de Manhattan a cualquier parte; la boca se me abrió como un universo y se fue cerrando poco a

poco ante la promesa del hambre: nada llenaría este vacío; y me fui tragando aquel ruido, solamente el ruido, como un hilo delgado de estridencia que cayó en mi vacío, como un relámpago; el tren había pasado con sus vagones y sus gentes colgando en las manillas; fue un paso vertiginoso e inaccesible, fue una ruidosa, deshumanizada velocidad; me encogí de hombros, subí las escaleras, salí por la boca del túnel; la tarde estaba fría, muy fría, y yo, con cara de ingenuidad y de inocencia para que nadie notara el abandono; me dije confiadamente, certeramente, que la búsqueda se había prolongado por un año y cuatro meses y que todo estaba igual: el saco vacío pegado tan pegadamente al corazón, la vaciedad del alma que había decidido alojarse en todo el espacio comprendido entre la garganta y el estómago; recorrí algunas calles que me eran familiares y a la vez, desconocidas; el frío de la tarde era y después fue siendo un frío anochecido; empujé la puerta del bar y todo quedó atrás; la hilera de banquetas persistía, paralela a la barra; a mi lado, a la izquierda, una, dos, tres, cuatro banquetas vacías; en la quinta, una mujer casi doblada sobre el mostrador, su mano abrazada a un ancho vaso que parecía contener ginebra; comenzó a mirarme y la reconocí: había participado como yo en algunas de esas reuniones pseudoliterarias en que un grupo --siempre el mismo,-- leíamos poemas a otro grupo que también era siempre el mismo; sabía yo su nombre y lo sabía bien, pero a mi mente venía el sobrenombre de la Flaca, que surgió nuevo, en ese preciso momento, o tal vez vino a mí como una persistencia de esa memoria que no siempre nos resulta localizable; enderezó en lo que pudo sus hombros cargados, se separó un poco de la barra; su gesto, una mezcla de lento desparpajo y desvalimiento: desde hace ocho años te estoy esperando, la oí decir, sí, ocho años con esta obsesión a cuestas, hasta que no pude más y fui a verte al hospital y allí me convencí, cuando te hablé por tantas horas de cosas ajenas, de cosas que nada tenían que ver con este momento de ahora que tenía que llegar, hablamos del hueco que te abrieron en la espalda, el disco lumbar, que tan biológicamente mencionaste, y yo hablé incansablemente de mi divorcio, de mi divorcio por venir, y

llené la habitación con todo eso que nada tenía que ver con lo que quería decirte; su voz era extraña, sumamente extraña, casi nasal, y como si al salir, recibiera golpetazos, martillazos, desde la garganta que remataba con un empujón de la lengua; su cuerpo, arqueado como el de la planchadora de Picasso; me tomó de la mano, caminamos hasta la piquera de taxis a pesar de mi protesta de que muy pronto me iría, de que en unos meses me iría a cumplir la invitación que me vino en un aviso del **New York Times**: "en un país lejano necesitamos a alguien con sus cualificaciones," unas cualificaciones que no me interesaba tener, pero que en esa ocasión específica me ponían a la cabeza de los invitados; terminé dejándome llevar de su mano, siguiendo su voz extraña: estos meses conmigo te servirán para no irte sola, me servirán para no quedarme sola; tomamos un taxi que nos llevó a Astoria; el apartamento en planta baja, claro y acogedor, rociado con la voz de la niña mágica, con su encanto total, con su sabiduría increíble y a quien tantas veces, semanas después, oiría preguntar desde la bañera: mamá, mamá, y ese silencio? es que te estás casando?; esta visita definitiva nos inició en el hábito de recorrer la ciudad, de caminarla a veces con la niña entre las dos, cada una de sus manos apretada entre las nuestras, y nos íbamos a recorrer el Village; otras veces nos íbamos sin la niña en aventuras que incluían la visita al Jacques Marchais Center for Tibetan Art en Staten Island donde vimos una función del Yueh Lung Shadow Theatre con varias representaciones: "The two friends," "The Crane and the Tortoise," "The Mountain of Firey Tongues;" el South Street Seaport con sus calles de adoquines y el fuerte olor del Fulton Fish Market; atravesar el puente de Brooklyn, ir al Kabuki, a algún museo de Manhattan o armarnos de mantas, libros y una merienda y pasarnos horas en Central Park, buscando siempre la esquina donde se estacionaba un cantante negro, un cantante callejero que cantaba canciones nostálgicas en francés, acompañándose de su guitarra; los días soleados de fines de marzo comenzaron a traer una alegría con su tumulto de caminatas, cenas en distintos restaurantes, alguna película, y al regreso, la niña mágica con sus historias y su imaginación tan fabulosa, y yo también con mis

historias y los cuentos que yo le leía en alta voz y los programas de televisión que comentábamos tan seriamente y todo el encanto y toda la alegría de esa pequeña maga hasta que por fin la vencía el sueño y era hora de acostarse en su pequeña cama rodeada de juguetes, y la noche saltaba entonces a una taza de manzanilla, a un bombón Lady Godiva, al humo del incienso, a la música de Kitaro que otra vez servía de fondo; la habitación en la esquina, la luz de los faroles de la calle, el ruido de carros esporádicos, todo filtrándose en la habitación, filtrándose en la delgadez de aquella mujer, sumándose a su ternura, a su amor enloquecido, viéndola cabalgar la noche que la hacía casi hermosa, casi tan hermosa, casamente hermosa; se poetizaba su cuerpo desgarbado, la anchura de mi cuerpo, --escultórica, como decías,-- hasta que nos sorprendía el amanecer; un día imprevisto tal vez, empezó a visitarte el olvido, el olvido de que nuestro pacto eterno duraría exactamente, aproximadamente, casamente, unos meses; un olvido que empezó a vigilar mis pasos, mi andar, mi voz, la dirección de mis pupilas; ese olvido creció hasta tus manos, en tus manos, desde tus manos para asirse a mí; para crecer en los mismos rincones donde también crecía tu generosidad de pantera enflaquecida que ronda la noche, y nunca dije, no fui capaz de hacerlo, de mi ternura, cuando me reclamabas en una violencia apache, en tus escenas de celos apasionados y gratuitos, porque sabía yo, sabía perfectamente y bien, que desde tu muchedumbre de huesos de ahora, gritaba tu niñez de 9 años, punto exacto en que los milicianos hicieron desaparecer a tu madre para esconderla en una cárcel por cinco años, el punto exacto en que hicieron desaparecer a tu padre para esconderlo en otra cárcel, por diez años; y te quedaste sola, rodando de casa en casa, rodando de desamor en desamor, rodando de abandono en abandono, en Santiago, antigua capital de Oriente, donde sufriste el castigo de ser hija de unos padres bautizados con el nombre de contrarrevolucionarios; y vi, literalmente, alargarse tu piel de pantera, brillar en la oscuridad; vi, literalmente, que se alargaba tu pena como una larga piel de leopardo; vi, literalmente, cuando te enroscabas en mí, por mí, hacia mí, en llanto, en dolor, en ternura, en olvido de un pacto de tiempo

fragmentado, para que me acompañes, recuerdas? para que te acompañe; para que no me vaya sola, recuerdas? para que no te quedes sola; todo ocurrió una mañana, muy de mañana; estabas en la sala, exactamente en el marco de una puerta y empezó a emanar de ti un quejido que se hizo agua, corriente de agua, violencia de agua, vertiginosidad de agua que lo llenaba todo, que lo arrastraba todo, que pasaba por el ángulo de tus piernas, por el espacio abierto de tus brazos, a través de tu cuerpo inmóvil, fijo siempre en el marco de la puerta; hasta que la corriente de agua se hizo dolida, mansa, quieta, y te hiciste sol; quedó todo seco, en una quietud de limpieza; salimos para el aeropuerto y me viste desaparecer al golpe de la voz: vuelo SAA 202 con destino a Johannesburg; era julio entonces, un día 12

el pueblo estaba revuelto porque se había corrido la voz: lo que Pedro había buscado por tantos años en tantas letanías, era la fórmula de la muerte definitiva y lo que más asombraba y hasta podría decirse que indignaba un poco, era su hermetismo absoluto en lo que él debía de haber considerado un asunto de todos, para todos, en todos, desde todos, porque al fin y al cabo, la muerte no es cosa de elitismo porque allá vamos todos y hemos ido siempre, pero lo que más mortificaba era que algunos lo habían llegado a considerar como al Verdadero y hasta habían llegado a creer que era un profeta y visionario que había venido al mundo para enseñarles una multiplicidad espacio-temporal, según explicó el dueño de la Imprenta Ricardo, en quien siempre hay que confiar; también se había empezado a decir que había venido al mundo para demostrarnos, señalarnos y hacernos ver que la muerte no existe y que lo único que hacemos es pasar de una frecuencia de vibración a otra, pero lo que nadie entendió ni él explicó tampoco es por qué se le desorbitaban los ojos, por qué, cuando le preguntaban si había vida después de la muerte, se llevaba al pecho una mano crispada y tiesa y empezaba a presionar los dedos como si quisiera hundirlos en lo que un día le oímos decir que se llamaba chakra del plexo solar a la que cariñosamente le llamamos aquí en el pueblo, chakra del corazón, que es más o menos donde todos creemos que están los sentimientos y el alma, aunque dijo él o eso creemos que dijo un día que hablaba solo en el río, que en el corazón lo que hay es una semilla que es como un registro microscópico donde está la historia de todas las vidas que hemos tenido y todas las vidas que tenemos ahora, a la vez y simultáneamente; y después de presionar con los dedos un rato, empezaba a escarbar en el pecho como para desenterrar el corazón con semilla y todo, pero nunca entendimos lo que se traía con esto y lo dejamos así, como una más de las tantas manías que tiene; lo que sí asombra y lo que indigna y lo que no se perdona es que nos haya hecho sentir tan y tan contentos con eso de que no hay muerte y ahora se salga con esto de estarla buscando así, tan definitivamente; y aunque lo quieran defender diciendo que él nunca trató de convencernos de que creyéramos esto o lo otro, más de una vez lo

seguimos hasta el río y allí debajo del puente, lo oíamos hablando solo y llegamos a sentirnos tan y tan contentos con eso de que no hay muerte, que hasta pensábamos otorgarle oficial y muy oficialmente, el título de Verdadero Sembrador de Esperanzas, y esto se iba a dar a conocer públicamente el domingo, en el parque, a la hora de retreta, y después de la entrega de un diplomita que le íbamos a dar, los músicos, inmediatamente y en seguida iban a tocarle el himno nacional; después de haberlo oído gritar tantas veces que la muerte no es muerte, lo creímos también y nos acostumbramos tanto a la idea que el otro día mismito cuando se le murió un tío al primo segundo de Chicho Bota, él le dijo cuando ya el tío estaba al irse de este mundo: "como sobrino tuyo que soy, te voy a agradecer que me vayas buscando un apartamentico por allá por el otro lado para no estar yo buscando cuando me toque a mí, y si es posible, en el mismo barrio en el que tú estés, porque ya tú sabes, mi tío, que la familia es la familia aquí y en cualquier parte y lo demás es bobería," y al otro día del entierro, el primo segundo puso en el tocadiscos y a todo meter, unas guarachas para que su tío las disfrutara como lo había hecho durante tanto tiempo, a las tres de la tarde, entre buchito y buchito de café; y la risa del pueblo fue ver a los polacos de la retacera que ya no sabían qué inventar para que la gente les comprara toda esa tela negra que se les había quedado amontonada porque con el cuento de que no hay muerte, ya nadie quiere ponerse luto; y aunque nunca lo dijo, es lo que creímos que nos estaba diciendo: "regocijaos en la muerte que no es muerte;" y cuando empezamos a regocijarnos, nos llega este golpe, golpetazo y puñalada de saber que Pedro Matei lo que está buscando es la muerte que sí es muerte; y no será tan bueno eso de estar vibrando en otra frecuencia cuando él se quiere desaparecer y esto a nadie se lo puede negar porque encontramos una libretica que se salió del tronco hueco del árbol que está cerca del río, y con la letra de Pedro, que todos reconocimos, estaba escrito allí: "Alquimia de la palabra: letanías para encontrar la muerte definitiva;" y como si esto fuera poco, había allí, entre las hojas de la libreta, un pergamino doblado y bien doblado en el que decía clara y claramente que tenía que llegar el fin de sus

siglos de hambre, que siempre es lo mismo, el óxido que se come sus huesos, la tristeza que atraviesa con su larga lengua el centro de la médula; la armazón que es su cuerpo que va y viene y camina y todo para qué, si su palabra no se deposita, así dijo, deposita, en el corazón de los otros ni lo abraza el amor como una manta comprada en Mitla: "porque vienen las palomas hambrientas a llevarse las piedras de mi sangre, y ya saciadas, alzan un vuelo mágico para buscar la luz de las estrellas con la que yo no las pude alumbrar y se me queda en las uñas un hueco de océano y un rumor de montaña, un eco que viene solitario a cavar rincones en mi hombro para que no pueda posarse allí el beso de la mañana; un ojo enorme, en la puerta de mi ombligo miraba siempre con asombro: la certeza de conocer el amor, de poder apuntarlo con el índice, de saber que fue, que era, que estaba siendo, pero tal vez no del todo, pero tal vez nunca suficiente, porque lo vi afinarse hasta la transparencia, tantas veces hasta la transparencia y entonces las veía volar, volaban las palomas que huyen hacia la luz con mis piedras en el pico, aprendiendo a desamarme;" bueno, y así sigue con otras cosas, pero lo que debemos entender nosotros es que no le basta que unos cuantos lo hayamos seguido porque ni siquiera nos menciona ni reconoce nuestro reconocimiento hacia él, y como si esto fuera poco, quejarse de que no lo quieren cuando nosotros que somos la voz del pueblo y el pueblo mismo, siempre lo hemos considerado, y un saludo de buenas, Pedro, cómo te va, Pedro, nunca le faltó; pero si no ha aprendido a estar conforme con eso, aquí mismo decretamos: "nosotros, que somos la voz del pueblo, te sugerimos que vayas buscando otra vibración; fue nuestro deseo e intención tolerar tu presencia que secretamente rechazábamos; con nuestro esfuerzo común y nuestra buena voluntad, nunca te faltó un buenas, Pedro, ni un cómo te va, Pedro; y hasta un grupito entre nosotros se interesó en oír lo que decías, pero eso de esperar que alguien quiera abrazarte como una manta, no, ni de Mitla ni de ningún otro lugar y abreviando decimos que si quieres irte de aquí, no te detenemos;" Quico y Mayito, los dos muchachones aprendices de la imprenta, habían pasado horas de la noche multiplicando volantes encabezados

por grandes letras negras como las de los titulares: A PEDRO MATEI, y debajo, DECRETO DE LA VOZ DEL PUEBLO, y a continuación, el decreto en letras rojas; Quico y Mayito salieron poco antes del amanecer y recorrieron el pueblo colocando volantes en corredores, ventanas, postes, tiendas, edificios, aceras, árboles, orillas del río, el río mismo, porque lo importante no era informar a los hijos del Guaso de lo que ya sabían, sino asegurarse de que en algún momento Pedro se topara con uno de los volantes y lo leyera y que supiera entonces y a fondo, lo que se esperaba de él; con la entrada del día, los dos muchachones comenzaron a sentir el cansancio de una noche sin sueño y de un recorrido que empezaba a parecerles interminable; estaban casi en el cruce de las calles de Pedro A. Pérez y Crombet, cuando les detuvo el paso un tumulto de gentes que se aglomeraban como abejas en las aceras del parque, de la peletería, del Petit Miami, de la mueblería; en medio de la calle, Cuadrado, echando chispas, se había bajado de su máquina con el mal genio que lo caracteriza, se había quitado su gorra de chofer y la batía rabioso en el aire: "yo le toqué el claxon pero no me molesté en frenar porque con el claxon basta y cuando vine a ver estaba ya entre las ruedas;" un ayudante del alcalde vino a calmar al chofer del único taxi de la Villa del Guaso: mire, Cuadrado, no se me ponga bravo, aunque tiene toda la razón, a quién se le ocurre quedarse pasmado con el fotutazo; mire, aquí le traigo estos sacos de yute para que envuelva como pueda al Largo, no sea cosa que se le ocurra ponerse a sangrar y le embarre la máquina; envuélvalo bien y lléveselo al Hospital Municipal que está a las afueras del pueblo, más allá del cementerio, cuestión de trámites nada más, porque ya éste no la cuenta; permítame que le ayude; como usted sabe, tuvimos que mandar la ambulancia a un central, un cortador de caña se macheteó un brazo, un hombre que era oficinista y se metió a cortar caña, vaya usted a ver, a quién se le ocurre, algo de que estaba cesanteado o que sé yo, en fin, Cuadrado, ya le pagaremos por el viaje al hospital, cuestión de trámites, nada más;" y te digo, Chachi, algo que nunca te dije: con todo lo doloroso que fue saber que tu enamoramiento marcaba nuestra separación definitiva, ese enamoramiento tuyo

vino como una solución; algo gris y opaco nos azotaba desde hacía varios años; recuerdo bien y bien claramente, que en 1979 sentí que se me alojó la muerte en los huecos de la garganta, en los huecos del corazón; una muerte que era pesada y lenta, Chachi, una muerte cuyo peso se sentía como una sombra amarga y me lancé a la calle, a esa calle ancha de South Highland como buscando la verdadera muerte, ésa que lleva a la desaparición definitiva; los años de Sunnyside vinieron marcados con horribles dolores alojados en la columna como un sablazo y por el crecimiento de tu tedio que se agigantaba hasta aquel día, muy a principios de noviembre, en aquel año de 1983 cuando contestaste al timbre del teléfono mientras yo fregaba los platos en la cocina; oí tu voz melosa que se quebraba, y entonces, supe; y vino todo como una avalancha, arrancar esos diez años, saber que hasta ahí era la historia, la nuestra, la que tal vez había sido nuestra a pesar de todo; con el sabor de lo definitivo, vino también la certeza de que era mejor así; el momento en el que desaparecerías había llegado y con él, la tranquilidad de que no te quedabas sola; sentía desde hacía tiempo, Chachi, la conciencia exacta de mi incapacidad para el abandono, mi incapacidad para dejarte sola si aún me necesitabas; lo único que nos quedaba, Chachi, era salvar una memoria, era guardar la melancolía de la ausencia, pero persististe en quedarte allí, pegada a aquel apartamento, invadiéndolo con tu nueva compañía, y formabas tu nido de amor en aquella sala que por decreto tuyo se había convertido años antes, en templo sagrado de meditación; y lo doloroso, Chachi, fue ver que tu imagen se rompía, se deshacía, que ibas disminuyendo a medida que aprendías a romper paso a paso, rincón a rincón, pared a pared, ese espacio que tan fieramente habías defendido como nuestro, los libreros cayeron con sus tablas y ladrillos, el esquinero ojival de mimbre donde un día vivieron peces dorados, el retrato de Erasmo, mis pinturas, tus discos, todo cayó abajo o se hizo otra cosa, un polvo gris y denso del que habían desaparecido nuestras huellas; en mi cuarto se intensificaron los escombros de papeles, se intensificó el desorden y una lluvia de ratones saltarines formaron delante de mi cama ruedas veloces que se movían en

el aire como luces de Bengala y fue allí y en ese momento, cuando quise sentir una resaca de vacío limpio que me hiciera querer gritar tu nombre sabiendo que no ibas a volver; allí seguiste, hasta fines de mayo de 1985 cuando abandonamos, el mismo día, aquel piso de Sunnyside

## SHAMBALLA

Pedro se fue aligerando y ascendió; llegó a Shamballa como tantas otras veces; se sentó en una silla en la transparencia de la atmósfera, los codos en los muslos, la cabeza baja, entre las manos; aún sentado, se irguió un poco cuando la atmósfera se hizo más transparente y luminosa; reconoció a los Guías que aparecieron sentados en círculo alrededor de él: reconoció las voces que se alzaban en coro para hacer una sola voz letánica que le llegaba como un temblor de respiración; reconoció la serie de afirmaciones que se repetían con alguna variación, como un eco:

fuiste un dibujo	dibujo fuiste
fuiste predicador	predicador equivocado
fuiste	
fuiste visir	visir inconforme y
equivocado fuiste	
fuiste esclavo	esclavo inconforme fuiste
fuiste partícula de	partícula de luz fuiste
luz en la rueda de	en la rueda de los ciclos
los ciclos	
fuiste monstruo de la	monstruo incendiario fuiste
humanidad	

fuiste leyenda  
osaste vivir fuera de la  
voz del amauta y te hiciste  
neblina del Ollantaitambo

leyenda inconforme fuiste,

fuiste emperador

emperador paranoico fuiste  
predicador de Confucio y  
verdugo de los que creías  
que te querían mal

"fuiste todos y todos son ahora en ti, Pedro Matei, y en ese otro ser que en ti se esconde, que en ti sientes aunque sabes que vive a veces fuera de ti, casi siempre en otras estaciones de la tierra y algunas veces en otra década distinta a la tuya, pero la sientes igual porque eres la suma de tu pasado y de tu presente múltiple repartido en este siglo, en tiempos distintos, en espacios diferentes; regresa, Pedro, de este cambio de frecuencia que te ocurre; regresa, Pedro, para que aprendas a olvidar la muerte definitiva de la misma forma en que te quitamos la memoria de este encuentro, despierta!"

## LETANIA FINAL

nada importan las raíces de la sangre, hasta dónde se extienden, desde dónde vienen, cuándo empezaron a formar su eco, ayer, hace tanto tiempo, ahora, cuando escribo en la esquina derecha del papel tan blanquecino, una fecha de julio, un día 19, un año al que tengo que ponerle 1979, un apunte en esta rueda donde no acabo de perder la conciencia de estar; tantos días, semanas, el tiempo empujándose, apretándose para formar bultos, montones de minutos y segundos aplastados, lisos; ya todo se aleja, todo se va alejando para dejarme en el tiempo ajeno, para quedarme en el espacio prestado; esta mujer que comparte mi aliento, mi forma de respirar, también se aleja, tantas veces la miro y ya no está, y su voz, y su silueta son ecos que han quedado rezagados; todo se va, el apartamento se va, y camino y deambulo este recinto en el mismo número 87 de South Highland, en el mismo segundo piso, persistiendo aún la letra B, el número 25 pegado en la puerta como si fuera una marca de fábrica que ha dejado de tener impacto, validez, una forma de identificar; y yo tampoco estoy, aunque aún en la aldea me reconozcan como Pedro el Largo, como Pedro el Caminador, y no lo saben, nada saben, de la búsqueda incansable de tantos siglos, una forma de perfeccionar la muerte para hacerla definitiva, voy siguiendo datos y fórmulas que me golpean este cerebro de alquimista, porque el secreto está en el baño, en esas locetas tan antiguas, en la bañera de losa, en la blancura que se deja ver a través del agua, y es lo que me dictan, la fórmula, Pedro, el agua tibia, y tú, desnudo, encórvate, acurrúcate como un feto, abrázate las rodillas, fuertemente, para que asomen los huesos de las paletas, y así, en silencio, espera la muerte definitiva; pero pasan las horas y el agua pierde su tibieza y las voces alquimistas abandonan las locetas, dejan de golpearme en el cerebro, y algo insípido me asoma a la garganta mientras la felpa va apagando la humedad de esta piel que no comprendo, porque no estoy, pero no he muerto porque no me siento atravesando los espacios; he de seguir, temprano en la mañana, recorriendo las calles de la aldea, buscando sonidos alquimistas, la fórmula de la muerte definitiva; porque a la hora del entumecimiento, a la hora del

casi encuentro, me queda esta conciencia de la nada, de esta función que no se marca, que pasa sin huellas en las orillas de la arena; las voces de la aldea interrumpen el mensaje, ahí va Pedro el Caminador, Pedro el Largo, con la mirada extraviada; y no saben el secreto de la búsqueda, y no saben que estos ojos que se pierden son antenas que registran, que apuntan todo esto que ha quedado de mí, todo esto que no cuenta: un hueco, un resto amargo en el pecho de este ser que no acaba de romper su acumulación de células, de estas células que se empeñan en seguir siendo materia, un punto de referencia para el dolor, para esta inapetencia de la vida que sigue creciéndome sin enterarse de que un día tuve voluntad, la poseí, llegué a manejar cosas simples: el mecanismo de levantarme al toque del reloj, cobrar un sueldo, pagar una renta, escribir un libro para dar una respuesta, una respuesta críptica, un jeroglífico si se quiere, pero en todo caso, algo que habría que describir como una voz; y ahora el desaliento y la búsqueda cerrada, y las puertas cerradas, y el toque de los puños que se van doblando hasta hacer de la persistencia una cosa etérea, un toque sin validez, un mecanismo hueco, vacío de esperanza, de energía, del síntoma purificador de la respiración y ya me digo, Pedro, el Caminador, mira, Pedro el Largo, te va cayendo el cansancio pero hoy la alquimia está en el aire, en las voces de la lluvia fina; y ahora, los escalones delante de mí, y los portones de la iglesia, y los pasillos vacíos, y estas piedras tan antiguas que guardan el polvo entre sus grietas, y la hiedra que vi abrazando sus paredes, y estos bancos vacíos, y delante del altar, la caja alargada, los tablones cargando un resto de pintura gris, y las velas apagadas allí, esperando, a los pies de los tablones; sé que es la hora y me voy depositando toda la largura de este cuerpo acomodado a la madera, y ya las voces que me dictan, y ya la fórmula que he de repetir hasta que desaparezca: "soy una cáscara tocando puertas, y está bien así, estaría bien así si no existiera este hueco carcomido, si no fuera este dolor tan secamente mío, si no fuera esta resignación tan identificable, si no fuera..."